



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

LO QUE ERA DEL RÍO:

Crónicas sobre el aluvión y las tragedias cotidianas de la región de Atacama

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

JONÁS ROMERO SÁNCHEZ

Categoría: Crónica

Profesora Guía: Carolina Muñoz Castillo

Santiago, Chile

Marzo 2016

AGRADECIMIENTOS

A la 5ta compañía de bomberos de Conchalí, por integrarme a su grupo y permitirme vivir con ellos en mis primeros días en Atacama. Gracias además por las tallas y por todos los cigarros compartidos. Gracias también a Miguel y Jovanna, por hospedarnos los primeros días en Paipote.

A Juan y Maggie, por el almuerzo y las horas de conversación en su hogar de Tierra Amarilla.

A los tres chicos de Puerto Montt, quienes me acogieron en el albergue de Chañaral como un hermano más.

A Manuel F. Cortés, apasionado ecologista y buen amigo chañaralino. Gracias también a Christian Palma, por la ayuda, guía y entusiasmo en este proyecto.

A Cristián Cortés y a todos los jugadores del plantel de Cobresal, por el amable recibimiento en El Salvador, la buena disposición a conversar y por darle una alegría tan importante a todos los habitantes del Río Salado.

A la familia Herrera Torres de San Antonio, quienes, aun atravesando momentos difíciles, accedieron a contarme su historia y a recibirme tan bien en su hogar.

A la familia Fernández Arce de Copiapó. Especialmente a Yoselin, Palmenia, Luis, Javiera y Valentina. Gracias infinitas por tenerme tan bien en su hogar, por las entretenidas sobremesas y por darse el tiempo de hablar, entre otras cosas, sobre lo que significa nacer y vivir en Atacama. Mención especial a Irma Palma, quien hace el mejor pan amasado de Chile.

A Jonathan Araya Ossandón y a toda su familia. Gracias por la hospitalidad y por los buenos días en Portofino.

A Carolina Muñoz Castillo, profesora guía de esta memoria. Gracias por la paciencia y comprensión dedicadas a estas páginas, y por el alentarme a seguir buscando la mejor

forma de ordenar y expresar lo que aquí quise decir. No habría podido pedir una mejor guía para este trabajo.

A Manuel Vilches, buen amigo y periodista, cuyo inexplicable gusto por corregir trabajos (motivado quizás por la promesa de un almuerzo peruano) hizo de mis entregas algo un poco menos deprimente. Gracias por la dedicación y el buen tino que siempre te han caracterizado.

A Oriana Miranda, gran mujer y periodista a quien tuve la buena fortuna de conocer durante mi primer año en la Universidad. Gracias por todo el apoyo y las lecturas críticas de estos cinco años.

A mis padres, quienes a su manera inculcaron en mí el gusto por escuchar y escribir historias. A mi hermana mayor y a toda mi familia –primos mayores, tías, tíos- Sánchez de Peralillo. Por lo mucho que ayudaron directa e indirectamente en este proyecto.

A Sara Sánchez, por haber escuchado con atención la primera lectura de estas páginas y por haber colaborado para que no pasara hambre en mis viajes. Siempre la pensaré como una segunda madre.

A Marcelo Bielsa, por enseñarme que a través del trabajo serio, constante y honesto se puede lograr cualquier objetivo, y dar vuelta cualquier circunstancia o partido. A Diego Armando Maradona, por iluminar con sus goles varias noches de estudio durante mis cinco años en el ICEI. Y finalmente a Alexis Sánchez, por esa facilidad que tiene de hacerme feliz haciendo lo que sabe hacer con la pelota.

A Natai Jorquera Torres, por el apoyo que incondicionalmente me dio durante prácticamente todo el tiempo en que este trabajo tardó en realizarse. Gracias infinitas a ella, a sus padres y a su familia; por todo.

DEDICATORIA

A mis viejos. Porque a pesar de todo, no salimos tan mal.

ÍNDICE

Agradecimientos	2
Dedicatoria	4
Introducción	7
PARTE I: COPAYAPU	13
Capítulo I: Antes	13
Las temporeras de San Antonio	
Recién llegado a Paipote	
Hermanos Herrera: traiciones filiales	
Capítulo II: Zona de sacrificio	19
Capítulo III: Aluvión	22
Aislados en San Antonio	
Rodolfo Herrera tiene culpa	
Paipote: ruidos metálicos	
Capítulo IV: Esperando el río	34
La historia según Vidal Naveas	
Copiapó está construido sobre un depósito de aluviones	
Copa de Oro	
Capítulo V: Después	39
Claudia Novoa camina el río	
Volver a vivir bajo la quebrada	

Autos abandonados
Tierra Amarilla está triste

PARTE II: EL SALADO	52
Capítulo I: Arraigo en el desierto	52
Capítulo II: Antes	55
El dragón chino de El Salado	
Diana López, doctora	
Las temporadas en el circo	
Capítulo III: Para quedarse en Chañaral	61
Capítulo IV: Aluvión	64
Resignación en El Salado	
Los pescadores navegan el río	
El “Ruso” deja Chañaral	
Papel picado	
Capítulo V: Después	77
Chañaral	
El Salado	
Epílogo	82
Noticia incluida el 5 de junio de 2016	
Enlaces de interés	89
Bibliografía	90

INTRODUCCIÓN:

“La narración puede devolverle al público una visión más justa del mundo, y la mirada singular de un cronista, o de un escritor de no ficción, nos puede salvar de la incompreensión de este¹”.

Cristián Alarcón, periodista chileno.

“Los chilenos todavía no podemos entender que vivimos en el borde del mundo, y que desde el punto de vista de la naturaleza, somos el país más peligroso del planeta. Que si la cordillera se enoja un poquito nos caemos todos al mar; o que cuando no es un tsunami, es un volcán, o un terremoto, o aluviones de agua y barro. Debemos aprender a construir un buen país, porque esto de vivir en el fin del mundo nunca ha sido fácil para nadie²”.

Lautaro Núñez, Premio Nacional de Historia.

La madrugada del 25 de marzo del año 2015, a Sandy Nieto Bernal le había costado conciliar el sueño debido a la lluvia y los truenos que desde hacía tres noches caían intensamente sobre gran parte del norte grande de Chile.

El agua golpeaba con insistencia el techo del *container* que compartía junto a otras siete compañeras en el campamento de la Frutícola Atacama. Ubicado en el precordillerano pueblo de San Antonio, en la región de Atacama, cientos de trabajadores habían pasado allí los últimos tres meses trabajando en la cosecha de la uva. Dos noches atrás, Sandy, ciudadana peruana de 26 años, escribió en su cuenta de Facebook: “En Copiapó va a llover tres días, qué horror y primera vez que veo este fenómeno de la naturaleza”. Pero ahora, y fuera de la lluvia, todo a su alrededor era silencio.

¹ En entrevista para *The Clinic online*, publicada el 19 de octubre del año 2014.

² En entrevista para *Revista Paula*, edición del 13 de agosto del año 2015.

Entonces, los gritos.

Antes de entender qué era lo que pasaba a su alrededor, y en medio de la noche, el *container* donde dormía Sandy fue golpeado y luego arrastrado violentamente por un río de barro, agua y rocas que bajó por una de las quebradas del pueblo. En pocos segundos, Sandy y sus compañeras se encontraban viajando río abajo, atrapadas en su dormitorio y envueltas en un revoltijo incomprensible de fierros, barro, agua y escombros.

Sandy, de rostro moreno, ojitos achinados y negros como aceitunas, tuvo mucho miedo de morir.

Esa noche, en toda la región de Atacama, ríos de barro y piedras comenzaron a descender por diversas quebradas. En su camino hacia el mar, arrasaron con casas, barrios, pueblos, carreteras, sembradíos, relaves mineros, escuelas y vidas. Con un saldo de 31 muertes, decenas de personas aún desaparecidas y más de 29.000 hogares damnificados (la mayoría derechamente destruidos), los estragos provocados por el aluvión del 25 de marzo en Atacama son sólo comparables a los de un sismo de gran envergadura. Descontando el terremoto del 27 de febrero de 2010, ninguna catástrofe ha sido más destructiva en los últimos 30 años. Y eso, en un país como Chile, es mucho decir.

Fue en San Antonio, un pequeño pueblo perdido entre los cerros del Valle de Copiapó, donde el aluvión provocó sus primeros estragos.

Llegué a Copiapó el jueves 2 de abril del año 2015. Habíamos viajado toda la noche desde Santiago junto a la Quinta Compañía de Bomberos de Conchalí, en dos camionetas cargadas a tope con alimentos, frazadas, bidones de agua y útiles de aseo. En el camino fuimos encontrando otras caravanas provenientes de lugares tan lejanos como Santa Cruz, Osorno, Quillota y Los Andes, y que como nosotros, habían aprovechado el fin de semana

largo para llevar un poco de ayuda a los damnificados de los aluviones producidos en la región de Atacama.

Hacía exactos siete días, y luego de ver las noticias, mi novia de entonces había sugerido que viajara al norte y utilizara el tema del aluvión para desarrollar mi trabajo de título. Al comienzo no le presté demasiada atención, pero al pasar las horas la idea fue tomando fuerza. Para el día siguiente estaba decidido: *debía* viajar al norte. Mi madre se puso en contacto con unos colegas que iban a viajar en calidad de bomberos voluntarios, y pronto arreglamos para unirme a ellos.

Minutos antes de partir, el jefe de bomberos de la Quinta Compañía me pidió que lo acompañara cinco minutos afuera a fumar un cigarro - fumaríamos mucho durante todo el viaje. Yo era el único miembro de la caravana que no tenía entrenamiento ante emergencias, ni de rescate, ni de nada. Me preguntó, a pocos minutos de salir, si estaba seguro de lo que estaba haciendo, y me recordó que había al menos un par de bomberos más que podrían tomar mi lugar si me arrepentía a última hora. Todas esas preguntas me atragantaron un poco, y con toda la convicción que pude juntar dije que sí, que sabía lo que estaba haciendo. “Bien”, me dijo extinguiendo la colilla con su enorme bototo, “ojalá seas útil. Por la gente de allá, no podemos permitirnos andar acarreado una carga”.

Llegamos a Copiapó a una semana de ocurridos los aluviones. Era mediodía y la expectativa de ingresar finalmente en la ciudad sobre la que habíamos oído cientos de mitos -que habíamos ido alimentando durante las horas de manejo-, nos sumió en un silencio nervioso por largos minutos. Luego, el silencio dio paso a algo muy parecido al horror.

Durante cuatro días, transité junto a los bomberos por el valle, de arriba abajo. Paleamos barro de casas en Tierra Amarilla, tomamos un turno médico en el campamento del cerro La Cruz –esa noche, y por la rápida acción de mis compañeros, una mujer embarazada salvó la vida de una severa descompensación por el frío y la fatiga-, caminamos mucho y, como dije, fumamos un montón.

La camioneta en la que viajábamos se movía lento a donde fuéramos. En algunos lugares, la gente se asomaba a las puertas de sus casas de adobe a mirarnos -mujeres de 60 y 70 años que se tomaban un descanso del trabajo de recuperar su casa sólo para vernos pasar- con algo que percibí era una mezcla entre gratitud (“no se olvidaron de nosotros”, me diría días más tarde una joven chañaralina), resignación e impotencia. Ese tipo de mirada me afectó por días.

Al comienzo, la gente estaba ávida de contar lo que les había sucedido. Aunque en algunas ocasiones se percibía un interés en hacerlo, la mayoría de las veces se trataba de descargos sinceros sobre los afuerinos. Casi de inmediato entendí que nuestra labor, y la mía en particular, consistía en eso: palear y escuchar, palear y fumar, escuchar y fumar.

Todo eso, cuando a tu alrededor ocurre un fin del mundo.

Los aluviones que bajaron desde la cordillera y por las quebradas de los valles atacameños, no sólo dejaron a millares de familias anegadas, a pueblos completos desgarrados y barrios sepultados bajo el lodo y lo que éste arrastró en su paso. Si no que además, desnudó la tragedia cotidiana de Atacama. La de una población afectada –y condenada, quizás como ninguna otra en Chile- a la contaminación producto de la explotación minera. Silicosis, cáncer, y múltiples problemas respiratorios conviven con cada atacameño, cada cual más o menos involucrado con la vida en las minas.

Este trabajo pretende dar luces sobre la historia grande de Atacama. Una que no sólo está llena de aluviones –de los que se tiene registro desde eras geológicas-, sino que, además, de elementos que dan para llamarla, como la bautizó lacónicamente un bombero sobre el Cerro La Cruz de Paipote, una auténtica “zona de sacrificio”.

La mayoría de la información recopilada para este trabajo provino, esencialmente, de conversaciones.

En rigor, fueron decenas, cientos de entrevistas efectuadas a lo largo de dos viajes, en casi un mes de estadía total -13 días en abril y luego dos semanas entre octubre y noviembre de 2015-. De ellas, registré más de 50 entrevistas en mi grabadora, las que sumadas dieron un total de 24 horas de audio.

Al poco andar por las zonas afectadas por el aluvión, me di cuenta de que con un sólo viaje la investigación no estaría completa. Pensé, en esos primeros días, que sería necesario volver varios meses después, tratar de encontrar a las mismas personas y ver cómo habían cambiado sus vidas.

Cuando volví, muchos de los primeros entrevistados habían cambiado de domicilio, o sencillamente, se habían ido de la Región. Otros recién estaban dejando sus viviendas de emergencia, y hubo quienes, comprensiblemente, no quisieron volver a hablar.

Aunque en menor medida, también contacté a algunas voces oficiales, principalmente en alcaldías, periódicos y en la intendencia regional. También visité un par de veces la Universidad de Atacama, además de distintos museos y bibliotecas copiapiñas. Quería entender cómo era que había ocurrido el aluvión, qué literatura existía sobre el tema y saber si es que la imagen de un río de barro descendiendo por la cordillera cada cierto tiempo fuera algo que los atacameños tuvieran internalizado en el imaginario colectivo.

El esposo de Sandy, Pascual, pasó días buscándola por todo el valle. Muy pronto la gente le tomó cariño, era un hombre tímido que debía reunir todo el esfuerzo del mundo para atreverse a molestar a otra persona y solicitarle ayuda.

Un bombero de Los Loros lo recuerda en una anécdota peculiar. Un día, Pascual llegó al pueblo afirmando que había encontrado varios cuerpos enterrados en el barro; lo cual era

mentira. Él sólo sospechaba que su esposa podía estar en ese sector, y necesitaba la ayuda de más hombres para confirmarlo.

Finalmente, luego de dos semanas de búsqueda, Pascual encontró el cuerpo de Sandy, enterrado a varios kilómetros de donde se encontraba el campamento de las trabajadoras. Lo último que se supo de él es que retornó a su país, en silencio, y que probablemente volvería el próximo año para trabajar la cosecha de la uva.

Este trabajo es, en gran parte, por él.

PRIMERA PARTE: COPAYAPU

CÁPITULO I: ANTES

Las temporeras de San Antonio

Hasta un día antes del aluvión, era común que los trabajadores temporeros de la frutícola Atacama pasaran a comer algo y a tomarse una cerveza al restaurant que Paola Vargas y su esposo, Mauricio, tenían en la localidad de San Antonio.

Paola creció en el valle de Copiapó, y hacía muchos años que junto a su madre se habían instalado con una tienda de abarrotes y una hospedería para la población flotante que traía la cosecha de la uva. Allí conoció a su esposo, Mauricio, porteño de nacimiento pero que todos los veranos viajaba al norte para trabajar en las viñas.

Ambos de contextura gruesa, aspecto bonachón y piel morena debido a la exposición al sol nortino, son conocidos en el valle ya que el suyo es el único restaurante dentro de la zona de San Antonio, pequeñísimo pueblo que bordea el río Copiapó, compuesto casi únicamente por una calle principal y rodeado de laderas cubiertas por viñedos.

Al ser un pueblo de menos de 800 habitantes, la llegada de los cerca de 190 trabajadores y trabajadoras de la frutícola Atacama incidía fuertemente en el comercio local, especialmente en el restaurante de Paola y Mauricio. Es por ello que ambos recuerdan con suma claridad a los afuerinos que llegaron ese verano a vivir a San Antonio.

El “Monín” era el primero en aparecer en el local.

— Apenas terminaba su turno venía y se *apernaba* en la barra conmigo, tomándose una cerveza tras otra. Ya a la tercera tenía su cuerpo apoyado sobre el mesón y me abrazaba jurándome amistad eterna, el muy desgraciado— recuerda hoy Mauricio.

Usualmente, a esas alturas llegaba Jennifer Novoa junto a su pareja, Alejandra Díaz. Ambas venían de Angol, en la IX Región. El trabajar todo el verano en San Antonio les significaba no sólo una ayuda para sobrevivir durante el año, sino que además la posibilidad de comprar electrodomésticos y enseres a su regreso, gracias a un sueldo que podía llegar a los 900 mil pesos mensuales. Como Jennifer o Alejandra, gran parte de las trabajadoras y trabajadores de la frutícola provenían de sectores pobres de la región de la Araucanía. Pero Jennifer tenía una motivación extra para estar allí ese verano; pretendía postular a un subsidio habitacional para dejar la casa paterna, en la población Nahuelbuta de Angol, junto a su hija de 8 años.

Ambas mujeres se sentaban en un rincón a comer salchipapas con cerveza, y desde allí Mauricio las molestaba con bromas alusivas a su sexualidad. A ellas no les importaba demasiado, y le devolvían la gentileza mandándolo a callar con burlas relativas a su peso.

Paola también recuerda a Sandy, una joven peruana de 26 años. Le gustaba el fútbol y era hinchada del Universitario de Deportes, equipo limeño que seguía desde que era una niña en Tacna. De rostro moreno, ojitos achinados y negros como aceitunas, solía vestir tonos rosados vivos que, en su pequeña estatura, le daban un aspecto tierno e infantil para su edad.

Sandy tenía un esposo, Pascual, de origen boliviano y con quien vivía en Arica. Ambos viajaron a San Antonio para trabajar durante el verano. Como casi todas las parejas, tenían sus problemas. A veces, peleaban.

Mauricio la recuerda así:

—Acá llegaba casi siempre la Sandy y nos hacía reír mucho con sus historias. Nos contó que le había puesto los cuernos a su marido con otro trabajador, y éste andaba furioso rumiando por ahí. Pero la Sandy se reía nomás, “ya se le va a pasar” nos decía, con su vocecita aguda y picarona—.

Hacia finales de marzo la temporada de trabajo en las viñas del valle de Copiapó ya estaba por terminar. Luego de tres meses cosechando uva de exportación, durmiendo en *containers* junto a otras compañeras y separada por un valla de su pareja por las noches, Sandy se aprestaba a volver a Arica con un sueldo que la ayudaría a vivir hasta la siguiente temporada.

La noche del 24 de marzo, Sandy Nieto Bernal sintió miedo por el temporal que iba a azotar la zona. En su cuenta de Facebook escribió: “En Copiapó va a llover tres días, qué horror y primera vez que veo este fenómeno de la naturaleza”. Dos horas después, en medio de la noche y los relámpagos, un aluvión de barro y piedras bajó por la quebrada, sepultando el campamento donde dormían los trabajadores, y azotando con especial fuerza al sector de los *containers* donde dormían las mujeres. Jennifer, Alejandra y Sandy, atrapadas en sus dormitorios, comenzarían su viaje río abajo.

Recién llegado a Paipote

Era poco usual que el teléfono de Miguel Santibáñez sonara a las 4:30 de la madrugada, pero lo que una vecina tenía que decirle a este hombre de familia, que hacía cuatro años se había radicado en una de las primeras casas junto a la quebrada en la localidad de Paipote, era sumamente grave.

—El tranque se rompió, Miguel. Estamos todos afuera, avísale a la Jovanna.

Entonces Santibáñez, aún somnoliento, comenzó a procesar la información. Hacía dos días que había comenzado la tormenta eléctrica, seguida por la lluvia. La quebrada donde solía pasar el río comenzó a bajar con agua, algo inédito en años. Se frotó los ojos, le dijo algo a

su mujer. Su barrio estaba construido prácticamente sobre la quebrada principal. En un comienzo, sonrió imaginando la ironía de que su casa se lloviera en medio del desierto, pero tras pensarlo unos segundos, la idea de un tranque roto no le pareció nada tranquilizadora.

Es curioso como casi todos los pueblos o asentamientos en el Valle del Copiapó están configurados en torno a quebradas de ríos por los que hace décadas no corre una sola gota de agua. En Paipote, sin ir más lejos, se había inaugurado hace pocos meses una “costanera” con plazas, ciclovías y miradores que apuntaban a cientos de metros de tierra absolutamente seca, por los que hacía años solía existir un río.

Paipote, distante a sólo 4 kilómetros de la capital regional, se encuentra rodeado por dos quebradas. Al sur corre –lo que queda- del río Copiapó, mientras que desde el norte del pueblo baja la quebrada de San Andrés, exactamente por donde Miguel tiene su casa. Ambas quebradas se unen para luego bajar a Copiapó, y desembocar finalmente en el sector de Puerto Viejo, cerca de Caldera.

Cuando comenzó a amanecer, los niños se sumaron a la vigilia de los adultos, entusiasmados con ver agua bajando por las quebradas por primera vez en sus vidas. Miguel lo recuerda con risa, “era como cuando en las películas cae nieve y todos salen a recibirla. Los niños jugaban y miraban el río asombrados”.

Desde la noche anterior, un rayo había dejado sin luz al pueblo, y sólo escuchando la radio los vecinos pudieron desmentir la idea de que el tranque se había roto. Más tarde, y gracias a los noticiarios -algunos vecinos contaban con generadores eléctricos- supieron que las lluvias se extenderían por al menos cinco días más.

Entonces Jovanna Arancibia, la esposa de Miguel, tuvo miedo. “Vámonos”, le rogaba. “Negra, quedémonos a ver qué pasa”, le dijo con tono tranquilizador. La verdad es que Miguel estaba nervioso, casi asustado. Además de la madre de Jovanna, quien vivía a sólo

unas cuabras, no tenían otro lugar a dónde ir. Estaban solos, pero finalmente ambos acordaron esperar.

Cuando eran las 11 de la mañana del día miércoles 25 de marzo, la mayoría de las familias dejó de interesarse por el agua que traía el río, y comenzaron a regresar a sus casas. Una hora después, al mediodía, un camión de Bomberos recorrió las calles de Paipote advirtiendo por megáfono a la gente para que se alejara de la quebrada. Ni a Jovanna ni a Miguel les quedó claro si los bomberos realmente sabían que un aluvión iba a azotar la ciudad, pero sí les llamó la atención el tono de urgencia que tenía el locutor. “Como no toda la gente obedecía, el bombero empezó a gritar *chuchadas*” cuenta Jovanna. ““¡Te dicen que te *corrai, chuchatumadre!*’ era lo más suavcito que se tiraba”, recuerda Miguel.

La gente rió, comentó la broma con sus vecinos y finalmente entró en sus casas, guiada más por el cansancio de la vigilia que por otra cosa. A esa altura, un aluvión que ya había sepultado los pueblos de San Antonio, Los Loros y Nantoco, se dirigía hacia Paipote con varias vidas a cuestas.

Hermanos Herrera: traiciones filiales

La mañana del martes 24 de marzo, los hermanos Matías y Rodolfo Herrera, de 23 y 29 años respectivamente, quedaron de bajar juntos a Copiapó desde su casa en la localidad de San Antonio, donde sus padres, Mónica y Hernán, se habían establecido poco después del nacimiento del mayor de sus hijos.

Matías debía ir a la universidad, mientras que Rodolfo, recientemente titulado de abogado, tenía que atender un par de asuntos con sus primeros clientes en el Juzgado de la ciudad.

La ruta que une San Antonio con la capital regional bordea la quebrada del río Copiapó, y tiene aproximadamente 90 kilómetros de largo. Es un camino que se sigue entre laderas altísimas salpicadas de viñedos en casi toda su extensión, y que pasa obligadamente por Los Loros, Tierra Amarilla y Nantoco antes de hacer ingreso en la capital regional.

Recorrerla en verano es como transitar por el Valle de Elqui, de un sorprendente verdor para estar enclavada en medio del desierto y para la poca agua que se ve normalmente en la quebrada.

Al ser una ruta de una sola vía, es común que en algunos tramos se vea afectada por desprendimientos del cerro. Pero a pesar del agua caída y las tormentas eléctricas de los últimos días, los hermanos Herrera lograron bajar sin contratiempos. Antes de las 11 de la mañana se encontraban en Copiapó.

Lo que sucedió después, Matías lo recuerda así:

—Nos habíamos separado hacía rato. Pero apenas llegué a la universidad, me dijeron que se habían suspendido las clases por el temporal. Y como pensé que al Rodolfo le quedaba para rato, me fui pa' la casa nomás — confiesa aún con una sonrisa, varios días después del aluvión.

— ¿Y dejaste a tu hermano tirado en Copiapó?

—Bueno — dice Rodolfo, —tan *botao* ' no quedé, ya que podía quedarme donde mi polola. Pero igual mi hermano me la hizo.

Y así, mientras Matías subía en la camioneta familiar por el camino de vuelta a San Antonio, Rodolfo caminaba resignado bajo la lluvia hacia la casa de su novia, donde finalmente pasaría la noche. Mientras avanzaba por las calles copiapinas y maldecía mentalmente a su hermano menor, nunca imaginó que esa pequeña traición filial, muy probablemente, le había salvado la vida.

CAPÍTULO II: ZONA DE SACRIFICIO

El sol de la tarde pega fuerte en Paipote. Los hijos de Miguel Santibáñez corren y juegan cerca de su padre mientras éste les muestra a un grupo de bomberos que acaban de llegar desde Santiago por dónde fue que pasó el aluvi3n, que de milagro no destruy3 su casa.

-¡Mira papá, qué lindos esos colores que están en el barro!

En la quebrada justo debajo de la casa de Miguel, se esparcen cientos de manchas que parecieran haber sido hechas con polvo de tizas de colores. Morado, azul, verde lim3n, todos colores llamativos que invitan a los ni3os a bajar y a correr en esa enorme zanja de barro seco.

Miguel los mira y se muerde un poco los labios. “Ni3os, no vayan tan lejos, es hora de la once”, les dice tratando de sonar lo menos alarmado posible. Sus hijos obedecen y cuando ya están lejos, Miguel expresa en voz baja: “esos polvos vienen de la planta química que estaba más arriba, los ocupan para unos procesos de limpieza. Son veneno puro”.

Los bomberos echan un vistazo hacia el cerro La Cruz, que es el horizonte por donde se esconde el sol en Paipote, y además de ver *containers* destrozados -que asemejan acordeones gigantes y metálicos-, en el barro se distinguen cientos de manchas de colores, todas junto a pequeñas bolsitas de plástico blanco rotuladas con elementos de la tabla periódica. Los bomberos siguen a Miguel, es hora de tomar el té.

Es difícil saber si alguien se acordó de ellos mientras trataba de salvar la vida en los poblados de Nantoco, Los Loros, Diego de Almagro o Chañaral. Pero pasada la emergencia, los síntomas no tardaron en llegar. Un hombre en Paipote cay3 enfermo luego de pasar un día completo sacando el barro de la casa de su padre. En las poblaciones

cercanas al cerro La Cruz, mujeres y niños presentaban mareos y vómitos luego de pasar horas expuestos al lodo. En Chañaral, donde tuvieron que habilitar un Centro de Salud Familiar (Cesfam) de emergencia debido a que el primero fue arrasado por el aluvión, llegaban personas con alergias en la piel luego de haber trabajado con el barro hasta la cintura.

Según la ONG Relaves, estos se definen como el área ocupada por los desechos de roca molida, minerales, agua, metales pesados y químicos, obtenidos como producto de los procesos de concentración de minerales.

En la práctica, un relave se ve como un enorme cerro de tierra y piedras en cuyo interior existe un fluido compuesto por algunos de los químicos más dañinos que existen para el ser humano. Según la misma ONG, los relaves contienen altísimos niveles de cianuro, arsénico, plomo y mercurio, entre otros elementos. Estos son depositados en forma de pulpa, y luego cubiertos por una capa de tierra para luego construir otra “piscina” sobre él.

Prácticamente, no existe nadie en la región de Atacama que no conozca al menos un relave. Quizás no lo sepa, o quizás lo confunda con los otros cientos de cerros que parecen rocosos y secos en la región. Hasta hoy existen balnearios, residenciales, canchas de fútbol y hasta poblaciones construidas sobre ellos por toda la región.

Es que son muchos, demasiados. Si en Chile existen 449, tan sólo en la región de Atacama se encuentran el 36,5% de ellos. O dicho de otro modo, un tercio de los relaves del país se concentran en una sola región. Según un catastro realizado por el Ministerio de Minería - luego de las crecientes denuncias por contaminación o escurrimiento de ellos en abril de 2015- tan sólo en la Tercera Región existen 164 relaves: 55 activos, 18 inactivos y otros 91 que se encuentran en calidad de “abandonados” o sin dueño.

En enero de 2011, el Servicio Nacional de Geología y Minería (Sernageomin) despachó un oficio a la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados sobre Depósitos de Relaves Mineros, que nunca se hizo público. El medio digital Centro de Investigación Periodística

Ciper Chile reveló que dicho oficio incluía una lista con los 14 relaves más peligrosos del país, los cuales, por su ubicación y condiciones de seguridad representaban una amenaza inminente para los habitantes aledaños. Atacama cuenta con tres de ellos, más que cualquier otra región del país, siendo el más emblemático el de Ojancos o Hooschild, el cual se encuentra enclavado en el centro de la ciudad de Copiapó.

Es tal la familiaridad que existe entre los copiapinos y la piscina de desechos de Hooschild, que los estudiantes de la Universidad de Atacama -distante a pocos metros- suelen bromear con que el relave es una excelente opción cuando no hay dinero para pagar un motel.

Los bomberos salen a caminar nuevamente con Miguel y llegan hasta las faldas del cerro La Cruz. En varias cuerdas se desbordaron las cañerías y la mezcla de las aguas servidas con la putrefacción del lodo hace el aire irrespirable. En ese ambiente enrarecido, y con el sonido de las retroexcavadoras que metros más allá tratan de desenterrar una población completa, Miguel les apunta hacia el este. “¿Ven? Ese cerro gigante en realidad es una piscina de relaves, y poco más arriba, hacia Diego de Almagro, hay otros dos más”. Una vez arriba del cerro, y con la vista de Copiapó al atardecer, se recorta el perfil de varias moles de tierra. “Imagínate sólo una de esas se rompe. Queda una cagada más grande que la del aluvión”.

Entonces, con el viento de la tarde pegando fuerte y arrastrando tierra a la cara, uno de los bomberos se despega el cigarrillo de la boca y piensa en voz alta las palabras “zona de sacrificio”. Estas quedan flotando en el aire un rato, hasta que se escucha el grito de una mujer que comenzó su trabajo de parto en el campamento del cerro.

CAPÍTULO III: ALUVIÓN

Aislados en San Antonio

Apenas Matías llegó a su casa encontró a sus padres almorzando en el primer piso. Les comentó que su hermano mayor había decidido quedarse en Copiapó junto a su polola y luego subió a su pieza con la intención de ver películas toda la tarde. Se quitó la ropa mojada, se puso una vieja polera sin mangas como pijama y tomó su computador. Le gustaba escuchar el sonido de la lluvia pegando contra el techo de la casa, y se preguntó cuándo había sido la última vez que había llovido tan fuerte en San Antonio. Antes de comenzar la segunda película ya se había quedado dormido.

Mónica Torres y Hernán Herrera, ambos ingenieros, habían llegado al pueblo con la intención de instalar allí una pequeña empresa de secado de uvas y ciruelas, la que mantenían desde hacía 25 años en un cerro cercano a su casa. A pesar de lo modesto del negocio familiar, los Herrera se daban el lujo de tener una casa de cemento con dos pisos, dos camionetas y a tres hijos estudiando en la educación superior (dos en Copiapó y una en Santiago); algo que casi nadie en el pueblo podía presumir.

Ese día, y por las fuertes lluvias, el matrimonio decidió subir hacia el sector donde se secaba la fruta. Cerca de las seis de la tarde encontraron arriba a sus trabajadores protegiéndose del aguacero bajo un cobertizo de zinc. Pensaron que había que bajar, pero se dieron cuenta de que un derrumbe había cortado el camino de tierra que bordeaba los cerros hasta San Antonio. Decidieron que lo mejor era pasar la tormenta dentro de la camioneta y pedir ayuda por teléfono, pero la señal estaba cortada. A pesar de ello, ninguno de los dos estaba realmente preocupado, la lluvia iba a pasar y a lo sumo se encontrarían con su hijo hambriento a la noche, pensaron.

En San Antonio, Matías se despertó con un crujido. Se irguió bruscamente sobre su cama y el movimiento botó su computador al suelo. Afuera llovía con la misma intensidad que en

la tarde, pero estaba completamente oscuro. “Se cortó la luz”, pensó, mientras se envolvía con la frazada para intentar quedarse dormido. Por un segundo la pieza se iluminó completamente por un rayo que cayó cerca del cerro –Matías tuvo tiempo para pensar que ese rayo había caído demasiado cerca- y en ese instante sintió como si su casa se partiera en dos.

Primero escuchó el ruido de las maderas quebrarse y luego sintió en su cara una corriente de viento helado. El ala donde estaba la habitación de su hermano mayor había desaparecido y con ella una de las murallas de su propia pieza. Otro rayo lo iluminó todo y antes de que Matías alcanzara a levantarse de la cama el barro entró en su cuarto violentamente y lo atrapó contra la pared. El torrente de lodo que bajaba de la quebrada hacía presión contra su cuerpo y Matías, antes de entender qué era lo que estaba pasando a su alrededor, tuvo la certeza de que iba a morir. En eso oyó desde lo lejos gritos que parecían ser de su padre. Cuando la presión no podía ser más insoportable, la casa cedió, y Matías se vio envuelto y arrastrado entre maderas rotas, fierros retorcidos y todo lo que hasta hace unos segundos había constituido su hogar.

La escena era observada por Mónica quien, junto a Hernán, había estacionado la camioneta hacía apenas unos minutos afuera de su casa. Sin saberlo, habían logrado bajar desde el cerro casi al mismo tiempo en que el aluvión se aproximaba por la quebrada hacia San Antonio. Ambos advirtieron que un gran torrente de agua rodeaba su hogar y Hernán le pidió a su esposa que lo esperara unos metros más allá; quería sacar a Matías de ahí lo antes posible. Pero apenas entró, Mónica observó con horror cómo la construcción cedió ante el barro. Primero la pieza de su hijo mayor, y unos segundos después, toda la casa. Mónica, como en una pesadilla, comenzó a gritar sus nombres.

Hernán, arrastrado también por el peso de su casa y el aluvión, recordó a su padre recientemente fallecido. Pensó que si llegaba a morir, no sería malo volver a encontrarse en algún lugar con él, hasta que recordó a Matías. “Primero hay que poner a salvo a Matías”, se dijo. Oyó los gritos de su mujer y de su vecino, quien le pedía desesperadamente que

buscara a su hijo. Maximiliano Cerezo, de tan solo cuatro años, se había soltado del brazo de su padre debido a la fuerza del aluvión, pero Hernán no podía ver nada en la oscuridad.

En algún momento el cuerpo de Hernán quedó atrapado en una reja que se encontraba a algunos metros de su casa, y hasta allí también llegó Matías. De a poco trataron de avanzar por ella mientras el barro seguía ejerciendo una fuerza increíble contra sus cuerpos, y lograron acercarse hasta la orilla. Entonces Mónica corrió hacia el torrente y los ayudó a salir del barro. Habían escapado del aluvión.

A esa altura, prácticamente todo San Antonio se había despertado y ya media decena de casas habían sido destruidas. En medio de la lluvia y la confusión general, la gente gritaba el nombre de sus vecinos y parientes, mientras el barro avanzaba hacia la zona de los *containers*, donde dormían las trabajadoras de la Frutícola Atacama. Eran las primeras horas del miércoles 25 de marzo.

Luego de encontrarse solo y sin retorno posible a San Antonio, a Rodolfo Herrera le pareció que lo mejor era llamar a su polola para pasar la noche en su casa, ubicada en el sector alto de Copiapó.

“El clima está raro”, le comentó al llegar Danisa Villalobos, su novia. En efecto, hacía al menos dos días que el clima usualmente seco de Copiapó había sido reemplazado por un ambiente más o menos tropical, con mucha humedad, tormentas eléctricas y algunas caídas de agua.

Ambos se conocieron para el Mundial de Brasil 2014, durante el partido entre Chile y España, al tiempo en que Rodolfo preparaba su examen de grado para titularse de abogado. Ella trabajaba en una empresa que ofrece servicios a las mineras –de las que abundan en la región- y al poco tiempo de salir ya era costumbre que Rodolfo compartiera con su familia después del trabajo.

Durante la tarde salieron a pasear por el barrio, pero decidieron guardarse cuando el aguacero comenzó a ser cosa seria. Poco antes de la medianoche el agua empezó a golpear fuerte el techo de la casa, como nunca la habían sentido. Debido a que la tormenta eléctrica de la noche anterior los mantuvo en vilo hasta la madrugada, no tardaron en quedarse profundamente dormidos.

Apenas salieron del barro, y milagrosamente con unos pocos rasguños, los Herrera Torres corrieron hacia el sector de la iglesia de San Antonio. Allí se había juntado un pequeño grupo de gente que, aún confundida, intentaba encontrar un refugio para salvar la vida. La quebrada aún bajaba con furia y varios vecinos gritaban nombres en la oscuridad esperando encontrar respuesta. La única luz provenía de dos linternas y de los focos del auto de los Herrera que, con el motor aún encendido tras el abrupto escape, lentamente iba siendo arrastrado por el río.

En ese caos, algunos habitantes de San Antonio intentaron escapar por la carretera camino hacia Copiapó. Pero al poco avanzar se dieron cuenta de que esta se encontraba cortada por el barro que bajaba de otra quebrada. El ruido que hacían las enormes piedras al rodar cerro abajo y chocar con el pavimento era lo suficientemente atemorizante como para convencer a cualquiera de no intentar cruzar el camino.

Aún llovía mucho cuando Matías guió a sus padres y a un par de personas más hacia uno de los eucaliptos que bordean las viñas de la zona. Mónica y Hernán, ambos de más de 50 años, increíblemente treparon en pocos segundos hasta la copa de los árboles, y todos decidieron que ese era el mejor lugar para pasar la noche. Una vez ahí, sentados sobre las ramas, aceptando la lluvia que se impregnaba en su cuerpo, Matías les dijo a sus papás que tenía ganas de mear. Por primera vez en la noche, todos rieron. Faltaban cinco horas para el alba.

Rodolfo Herrera tiene culpa

Todavía no había amanecido cuando Danisa se despertó por culpa de la lluvia. Se asomó por la ventana y pudo ver que el patio interior de su casa estaba inundado, y que la calle traía demasiada agua en las soleras. Trató de despertar a Rodolfo sin éxito y encendió la tele para ver las noticias. Las primeras imágenes sobre inundaciones en Copiapó la asustaron. “¡Mira, mira Rodolfo, levántate, está la *cagá!*”. Como la información aún era muy escasa como para llegar preocuparse por su propia familia, Rodolfo ayudó a la de su novia a baldear el agua del patio. Apenas había comenzado a amanecer.

A medida que avanzaban las horas, las imágenes que exhibía la televisión eran cada vez más preocupantes. Los noticiarios mostraban cómo Los Carrera y Copayapu, dos avenidas principales de Copiapó, se habían transformado ríos color café con leche que bajaban torrentosamente por el centro de la ciudad. Desde una ventana o sobre los techos de sus casas, los copiapinos observaban con asombro y espanto las primeras horas del aluvión. También comenzaron a llegar los primeros videos de pueblos como Los Loros, Nantoco y Tierra Amarilla, donde por varias quebradas había bajado el barro provocando estragos en casas y poblaciones completas. A esa altura, el país entero sabía que estaba ocurriendo algo grave.

Rodolfo comenzó a recibir llamadas de tíos, amigos y parientes preguntando por su familia. Alejandra, su hermana menor y quien se encontraba en Santiago estudiando enfermería, era la más insistente. Un poco aturdido con la sobrecarga de información, Rodolfo trataba de calmarla y de decirle que todo estaba bien, cuando en realidad había pasado toda la mañana intentando llamar a sus padres sin éxito, las líneas estaban muertas.

Con la televisión y la radio encendidas, Rodolfo encendía un cigarrillo tras otro, esperando oír la palabra “San Antonio” en alguna parte. Danisa intentaba tranquilizarlo, pero la verdad es que ella, al igual que él, comenzaba a sospechar que algo grave había sucedido valle arriba.

Cuando las primeras luces del día les permitieron a los Herrera observar detenidamente lo que había ocurrido –y seguía ocurriendo- a su alrededor, decidieron bajar los eucaliptos. Uno de los trabajadores que los acompañaba le ofreció a Matías un traje de seguridad térmico y botas para reemplazar su pijama embarrado y húmedo por la lluvia, y los demás consiguieron algunas prendas para paliar en algo el frío entumecedor de la mañana.

Arriba, en el cerro, tenían un cobertizo que usaban para pasar la noche en el tiempo del secado de las uvas, y allí encontraron té, café y algo de azúcar. Junto a los trabajadores encendieron un fuego bajo las latas de zinc, y con una tetera metálica comenzaron a hervir las primeras tazas de la mañana. Una pequeña llovizna les caía en la frente mientras observaban como por la quebrada seguía bajando un río de barro cada vez menos espeso. Mónica atinó a grabar un video con la poca batería que le quedaba a su celular. En las imágenes se ve el rostro de su esposo y de algunos de los trabajadores impávidos, con la mirada extraviada y en silencio, con el pelo y la ropa estilando, simplemente observando lo que antes había sido su hogar y lo que ahora era sólo agua y barro; un río estremecedor e interminable.

Luego de muchos intentos, Mónica pudo al fin comunicarse con Rodolfo, su hijo, recién al mediodía.

— ¿Aló, mamá? ¿Qué pasa allá arriba, están todos bien? — preguntó Rodolfo de un sobresalto el reconocer la voz de Mónica del otro lado del teléfono.

—Sí hijo, estamos todos bien—.

—Y el pueblo, ¿a alguien le pasó algo? Acá todo el mundo me llama para saber, la Ale está muy preocu— Mónica lo interrumpió alzando la voz por el ruido que la rodeaba.

—Se llevó la casa, Rodolfo. Ya no tenemos nada, la mitad del pueblo no existe, todo se lo llevó el barro— dijo Mónica esforzando la poca voz que le quedaba para que su hijo la oyera.

— ¿Pero cómo? ¿La casa? ¿Los autos? —.

— Sí, Rodolfo, todo—.

La comunicación se cortó de golpe, pero Rodolfo tardó varios segundos en soltar el teléfono. A pesar de lo dicho por su madre, le costaba creer que su pieza, su casa, ya no existieran más. Comenzó a sentir culpa. Deseó haber estado ahí con ellos.

Luego de dicho llamado, Rodolfo Herrera no volvería a ver ni a saber de sus padres hasta tres días después.

Paipote: Ruido metálico

Jovanna Arancibia se encontraba alimentando a sus mascotas en el patio interior de su casa, cuando escuchó algo que días después describiría como “un rugido, algo parecido a un terremoto que crece, pero más largo y aterrador”.

Hacía cuatro años se había mudado junto a su esposo, Miguel Santibáñez, al extremo norte de la ciudad. Era una población relativamente nueva de construcciones de un piso, ubicada sobre la quebrada Paipote. Debido a la posibilidad de escurrimientos de una planta de relaves cercana, los vecinos habían cavado hace pocos meses una zanja debajo de la última plazoleta del pueblo.

Minutos antes, mientras trabajaban asegurando su hogar de un posible anegamiento, habían comentado junto a sus vecinos lo extraño que les parecía todo esto. La mayoría de los habitantes del pueblo, y sobre todo de su sector, no eran nativos de la región. Provenientes de comunas periféricas de Santiago, Quillota, Temuco y hasta del Perú, todos fueron

llegando a Paipote atraídos por el trabajo y las actividades económicas ligadas a la minería. Para la mayoría, esta era su primera “lluvia en serio” desde que llegaron a vivir a Atacama.

Una vez afuera, Jovanna encontró a su esposo y a sus vecinos, de pie sobre el borde de la quebrada. Todos contemplaban en silencio el aluvión. Todavía no eran las dos de la tarde.

El aluvión entró en Paipote a través de sus dos quebradas principales. La homónima, donde Jovanna y Miguel tenían su hogar, trajo el agua y los deslizamientos desde el norte de la ciudad.

Frente a la casa de ambos, la explanada de desierto que los separaba del Cerro La Cruz fue rápidamente cubierta por el barro. Los postes de alta tensión que allí se encontraban comenzaron a ser agitados por el torrente, produciendo un ruido metálico insoportable, mientras las olas del aluvión los cubrían hasta prácticamente la mitad de sus enormes estructuras.

A pesar de la cantidad de barro que traía el torrente, las casas de la población apenas se vieron afectadas. Increíblemente, la que se pensaría iba a ser la primera línea de defensa del pueblo, terminó siendo prácticamente el único sector de Paipote en no ser arrasado por el aluvión. Los vecinos siguieron contemplando el río correr –a los pocos minutos comenzaron a aparecer en el torrente los primeros *containers*, algunas camionetas y varias casetas de baños químicos-, cuando oyeron gritos a tan sólo unas cuadras de distancia.

Miguel y Jovanna se miraron asustados. Un par de horas atrás, habían tomado la decisión de llevar a sus hijos a la casa de su abuela materna, distante a un par de calles. Pero a pocos metros de donde se encontraban, el aluvión había entrado de lleno en el pueblo. La acumulación de tierra y basura que bloqueaba el curso natural de la quebrada condujo a gran parte del torrente directamente hacia uno de los sectores residenciales de Paipote. En varias casas, el barro entró de lleno y desde el cielo: el bloqueo en la zanja formó una pared

tan resistente, que era como si el torrente fuese conducido al estilo de una ola artificial hacia la ciudad.

Más abajo, en el lugar donde ambas quebradas se juntan, el barro comenzó a provocar mayores estragos. Debido a la fuerza de ambos ríos, fueron cediendo el puente y las casas que se encontraban en ese punto. Luego, el barro comenzaría su camino a Copiapó a través de las muchas calles y poblaciones que se habían instalado entre la quebrada y la avenida Copayapu, única ruta de acceso entre Paipote y la capital regional. Cientos de casas se vieron inundadas en cosa de segundos.

Miguel y Jovanna decidieron ir en busca de sus hijos. Tomados del brazo, ambos se apoyaron para no caer ante la fuerza del barro que los cubría más allá de la rodilla. Luego de varios minutos lograron dar con la casa de la madre de Jovanna. Sus hijos se habían refugiado junto a su abuela en el segundo piso del hogar. Allí, la familia esperó a que todo esto terminara. Que todos los gritos que venían desde tan cerca se apagaran y que todo volviera a ser como antes, como hacía una hora, cuando aún jugaban con el agua que venía bajando por la quebrada.

Los náufragos

Los sobrevivientes de San Antonio volvieron a reunirse en la Iglesia, uno de los pocos edificios en el pueblo que no recibió daños considerables. Con la luz del mediodía, lograron dimensionar la magnitud del desastre.

El aluvión había bajado por la quebrada sobre la calle principal destruyendo la primera hilera de casas, entre ellas la de la familia Herrera. Luego, el barro cruzó la carretera para dar de lleno sobre los terrenos bajos, donde se encontraba el campamento de la Frutícola Atacama. Finalmente, y después de sepultar la cancha de fútbol y las pocas casas que se encontraban entre el campamento y el río, el torrente con escombros y piedras a cuestas decantó hacia la cuenca del Copiapó. Pronto, se percataron también que varios de los *containers* donde dormían las y los trabajadores habían desaparecido y que los que aún se

encontraban en el campamento, estaban enterrados y de ellos sólo sobresalía el techo blanco.

Un poco más abajo, otro aluvión había cortado la carretera, cerrando toda posibilidad de dirigirse hacia Copiapó, o incluso, hasta el cercano pueblo de Los Loros. Por días, los habitantes de San Antonio permanecerían aislados y, a ratos, incomunicados.

Ante la emergencia, el mando de la comunidad lo tomó Gerónimo Salazar, antiguo profesor del pueblo. No había casi nadie, entre padres e hijos, que no hubiera pasado al menos un par de años bajo su tutela en la escuela local, y por lo tanto representaba una figura de autoridad y confianza. Lo primero fue racionar la comida y el agua, lo que resultó especialmente difícil considerando que las cañerías no funcionaban y que uno de los dos únicos negocios del pueblo había sido arrasado por el aluvión. Pronto se organizaron rondas de vigilancia para la primera noche y un fogón comunitario para cocinar.

Aún seguía lloviendo débilmente cuando Hernán, quien había salido a recorrer el pueblo junto a unos vecinos, encontró el cuerpo del pequeño Maximiliano Cerezo, enredado con alambre de púas a un poste de luz a pocos metros de su casa. Hernán pensó que ese alambre provenía seguramente de la misma reja que le había salvado la vida a él y Matías. Algunos hombres lloraron en silencio y volvieron a la iglesia para buscar frazadas con las que envolverlo. En los días en que San Antonio estuvo aislado, el cuerpo de Maximiliano descansó sobre el altar, junto a la cruz.

Casi al anochecer, Mónica Torres recordó a Marcos Rojas, el “Monín”, uno de los pocos trabajadores temporeros con el que tenía relación. De carácter reservado, soltero y sin hijos, Marcos era una persona bastante conocida en la zona. Había nacido en Los Loros hace casi 50 años, y todos los veranos solía trabajar en alguna de las frutícolas desperdigadas por el valle. Mónica no lo conocía bien, pero siempre se saludaban afectuosamente cuando él pasaba frente a su casa. Delgado y de pelo claro, Mónica se compadecía un poco de su soledad y de su fama de bebedor, y alguna que otra vez lo invitó a comer algo. Al poco tiempo, el cuerpo de “Monín” fue encontrado en un pozo dentro de una de las casas

cercanas al río, también maltrecha por el aluvión. Mónica se conmovió, primero porque nadie se acordó de él en días, y luego, porque pensó que en esa forma de morir estaba la esencia de Marcos Rojas: la soledad.

Por lo pronto, Hernán consiguió por un conocido en las viñas que le prestaran a él y a su familia una pequeña habitación en un conjunto de cabañas, que normalmente servía de alojamiento para los trabajadores de mayor rango.

Antes de que anoheciera, un helicóptero pasó sobrevolando el pueblo. Cuando lo advirtieron, los habitantes de San Antonio salieron a llamar su atención, gritando y haciendo señas. A Matías le recordó la escena de una película de naufragos. A pesar de los esfuerzos, el helicóptero no volvió hasta el día siguiente.

Para entonces, y gracias al profesor Salazar, las cosas estaban más o menos organizadas. Habían dispuesto un lugar en la iglesia para los que habían perdido sus casas, y otro sector especial para aplicar primeros auxilios a los heridos. El padre de Maximiliano, por ejemplo, se había roto el brazo intentando sujetar a su hijo, y había al menos una decena de personas con fracturas o heridas similares.

Cuando oyeron acercarse el helicóptero por segunda vez, Mónica organizó a sus vecinos para que despejaron un trozo de la carretera. Cortaron rápidamente un par de árboles y pintaron un círculo grande y amarillo para señalarle al piloto dónde debía aterrizar. Una vez completada la maniobra, el pueblo se abalanzó sobre la nave, pero esta sólo traía bidones de agua y algunas cajas de comida no perecible. Por medio del piloto se enteraron de que no eran el único pueblo afectado por el aluvión, y que río abajo la situación era similar y hasta peor. Finalmente, el helicóptero partió con los heridos de mayor gravedad hacia Copiapó, no sin antes prometer volver con ayuda lo antes posible.

En la noche del segundo día, un equipo de periodistas logró dar con el pueblo vía terrestre. La carretera aún se encontraba anegada, pero combinando autos de cuatro tracciones y caminata, se podía llegar hasta San Antonio. Rodolfo, que aún se encontraba en la casa de

su novia en Copiapó, observó el despacho –en el que no aparecía su familia- por televisión, y decidió ejecutar la idea que tenía desde que ocurrió el aluvión, llegar por su cuenta a San Antonio.

En el acto consiguió una camioneta 4x4 y durante la noche recolectó junto a amigos y parientes –algunos, como su hermana menor, habían viajado apenas supieron la noticia- bidones de agua, cajas de leche, un generador a petróleo y frazadas. Danisa, su polola, tuvo el buen tino de comprar ropa interior y artículos de aseo. Partieron a la mañana siguiente.

Coincidentemente, Mónica y Hernán, al darse cuenta de que era posible llegar en vehículo hasta el pueblo, decidieron intentar bajar hasta Copiapó. La mañana del 28 de marzo, Rodolfo y sus padres se cruzaron en la carretera. Detuvieron sus camionetas, y se abrazaron largamente. A veces, tres días pueden significar un tiempo demasiado largo.

CAPÍTULO IV: ESPERANDO AL RÍO

“Fina seprentina que va extendida por todo el valle. Río nortino filón de plata que reverbera sobre el desierto. Río pequeño, domesticado, inanimado, sin canto alguno te vas viajando tal vez cansado de haber bebido tanta aridez. Río pequeño, lágrima coya que viaja al mar”.

Río Copiapó, Tusel Caballero.

La historia por Vidal Naveas

Don Vidal -ese es su primer nombre- tiene 60 años, la piel del mismo color del barro y el cabello de un blanco lustroso que combina con el tono gris de su barba y su camiseta negra. Tiene también una mirada severa y, por su postura, casi se podría adivinar la profesión que ejerce desde hace más de 30 años de manera autodidacta. Vidal Naveas Droguett es un historiador popular nortino.

Debido a que el aluvión anegó el Departamento de Cultura de la Municipalidad de Copiapó que él mismo dirige, Naveas tuvo que trasladarse a la casa de un amigo en Caldera, ciudad costera distante de poco más de 100 kilómetros de su ciudad natal. Desde allí, y pocos días después de la catástrofe, se ha dedicado a escribir ensayos acerca de las distintas salidas del río Copiapó a lo largo de su historia y de los factores que han provocado que un fenómeno que se repite con una frecuencia de aproximadamente 20 años pueda pillar tan mal parados a los habitantes de la región. Su conclusión categórica: “nos acostumbramos a vivir sin río”.

Deducción que se hace evidente al constatar las zonas más afectadas por la bajada del barro: casi todas poblaciones o asentamientos nuevos construidos muy cerca de las quebradas. O en otros casos, directamente sobre ellas.

“El proceso fue más o menos así— describe Naveas — la minería fue atrayendo gente y con ellos los pueblos y ciudades empezaron a crecer. Esta misma industria fue secando el río de a poco debido a la enorme cantidad de agua que requieren los procesos productivos. Luego, la gente se fue asentando sobre las quebradas secas”.

Así el barro sepultó poblaciones enteras en Chañaral, El Salado y Diego de Almagro, todas construidas por donde antes solía correr el río Salado. Lo mismo ocurrió en casi todas las localidades del Valle de Copiapó.

“Lo más triste, además de las vidas que se fueron, es que esto fue un recordatorio brutal del río que solíamos tener, que regaba nuestras casas y nuestra ciudad. Un río del que nos habíamos olvidado pero que de un *zuácate* bajó reclamando lo que era suyo”, concluye Vidal.

Copiapó está construido sobre un depósito de aluviones

Una joven española se baja de un vuelo de más de 10 horas en el aeropuerto de Santiago, acaba de cruzar el Atlántico por segunda vez en su vida y piensa que aún debe esperar un par de horas antes de tomar su conexión a Copiapó.

Tatiana Izquierdo, geóloga madrileña especializada en cuencas hidrográficas, debía arribar a Chile a mediados de marzo, pero problemas en su anterior trabajo la obligaron a retrasar su llegada en apenas unos días. Con las maletas aún en la mano, decidió llamar al hombre que le había ofrecido un puesto de trabajo en una universidad en medio del desierto de Atacama.

Manuel Abad, también geólogo y español, le contó algo agitado que Copiapó, su futuro hogar, acababa de ser arrasado por un aluvión. “Bueno”, pensó Tatiana, “de aquí en más nada puede ser peor”.

Una vez llegada a Atacama, Tatiana pasó semanas prácticamente encerrada en una pieza sin luz, agua ni electricidad, como casi todos los copiapinos. La universidad estaba completamente anegada y con ella los vehículos del departamento de geología inutilizables. “La ciudad, las clases, la vida entera estuvo suspendida por mes y medio. Con los militares en sus carros y el polvo del barro que se secaba, aquello parecía una zona de guerra en medio oriente”.

Pero apenas las condiciones mejoraron (y pudieron recuperar algunas camionetas), ella y sus colegas salieron a investigar.

“Estudiamos el registro a nivel geológico, los cuales indican un período de retorno (o de frecuencia) de más o menos 30 o 35 años. Dicho más claramente, Copiapó está construido sobre un depósito de aluviones”. Este hallazgo se logró estudiando las capas de tierra en la ciudad, las cuales mostraban indicios de distintos fenómenos de inundaciones, con un tipo de barro y sedimento característicos, y que se intercalaban con la tierra eólica propia de intervalos o “períodos normales”. En algunos casos, incluso, se encontraron capas de barro más gruesas de lo normal, lo que quiere decir que en varios casos se produjo un aluvión tras otro.

Aunque la parte del proyecto enfocada en comunicar estos hallazgos hacia el exterior de la universidad fue cancelada por falta de recursos, Izquierdo explica que se han realizado talleres con periodistas y comunicadores para que la población local esté mejor informada acerca de los riesgos geológicos que implica vivir en esta zona del país. “La idea es combatir el desconocimiento que existe en general sobre estos temas. No puede ser que cada vez que haya lluvia el gobierno regional cancele las clases porque piensan que va a ocurrir otro aluvión. Y no sólo a nivel general, sino también a nivel institucional. Nosotros vemos que cuando se forman los comités de emergencia no existen personas con conocimientos profesionales en el asunto”.

— ¿Cómo es el nivel de comunicación que tienen con el gobierno regional o las autoridades?

—A nosotros nadie nos pregunta nada—.

— ¿Y tú conoces algún geólogo que trabaje para la municipalidad?

— No —.

— ¿Ni siquiera en la gobernación?

—Tampoco. Incluso, Sernageomin aquí no tiene ningún geólogo. Ellos acaban de cambiar de director, y por lo que tengo entendido se trata de un abogado. La ONEMI cuenta con un poco más de personal, pero ellos están capacitados para actuar una vez ocurrida la emergencia, en la protección civil. Hasta donde yo sé en los organismos de la región no hay nadie que sepa sobre los procesos geológicos que originan estas emergencias, como una inundación, o un terremoto, tsunami o volcán.

Tatiana concluye muy seria: “Esto es especialmente grave ya que Copiapó es una zona con un riesgo de inundaciones y aluviones, llevan pasando desde hace miles de años, y evidentemente van a volver a pasar”.

Copa de Oro

“El río se perdió, y no sabemos cuándo. Uno estaba ocupado haciendo otras cosas. A veces, reparábamos en que la vegetación estaba más chica, o menos verde, y culpábamos a la sequía de la temporada”, reflexiona Vidal Naveas, desde las entrañas de un enorme museo calderino.

Desde su notebook, Naveas muestra varias de las imágenes que ha recopilado gracias a la ayuda de otros copiapinos. En ellas, un río colmado rodeado de árboles y lleno de familias sonriendo al sol. Otras instantáneas fueron tomadas desde los distintos puentes que aún hoy existen en el valle; muestran una serpentina de agua brillante que recorre los cerros,

enmarcada por decenas de álamos. La ropa de las personas retratadas sugiere un período no tan lejano, quizás de mediados de los años 80’.

“Copayapu quiere decir ‘Copa de Oro’, y es una palabra con la que los indígenas querían indicar que este era un lugar lleno de agua y oro”, dice Naveas. Hoy en día, existen varias organizaciones sociales que abogan por la defensa del agua en toda la Tercera Región, y la mayoría está reunida bajo la Coordinadora Regional por la Defensa del Agua y el Medioambiente.

Fue el año 1981, durante la dictadura militar, en que se aprobó el nuevo Código de Aguas. Si bien el documento caracterizaba al agua como un “bien nacional de uso público”, en la práctica lo que hizo fue privatizar el recurso. La nueva normativa permitía, por ejemplo, que cualquier persona, desde cualquier lugar de Chile, pudiera llamar a las oficinas de la DGA y solicitar parte de los derechos de aguas del río Copiapó (o de cualquier otro). La entrega, por increíble que suene hoy en día, era totalmente gratuita- y comercialmente explotable.

El año 2009, Ciper Chile realizó un reportaje denunciando el proceso de secado del río Copiapó. En él, se explica que los derechos otorgados en la década de los 80’ llegaron a cuadruplicar la cantidad de agua real que corría por el río y que se almacenaba en las napas subterráneas. Al transformarse en un recurso tan escaso, algunos empresarios llegaron a obtener ganancias de hasta 4 millones de dólares por vender parte de sus “derechos”, obtenidos de forma gratuita, a la gran minería.

Bajo ese panorama, no era de extrañar que varios niños copiapinos se sintieran atraídos al ver agua –más bien barro- bajar por la quebrada el día previo al aluvión. En el Valle del Copiapó, hace muchos años, la gente vive esperando al río.

CAPÍTULO V: DESPUÉS

Claudia Novoa camina el río

Claudia Novoa estaba almorzando junto a sus hijas, en el living de su casa en Concepción, cuando se enteró del aluvión en Atacama. Instintivamente, tomó su celular para llamar a Jennifer, sobrina poco menor que ella y que desde hacía tres meses se encontraba trabajando como temporera en el pueblo de San Antonio. Oyó el buzón de voz. “Debe estar ocupada”, se dijo para tranquilizarse, antes de volver con sus hijas a la mesa.

Jennifer Novoa se crió con sus abuelos, los padres de Claudia, en el sector Huaiquén de Angol. A los 21 años quedó embarazada, y decidió mudarse con su madre biológica, a la población Nahuelbuta de la misma ciudad. Nunca dejó de llamar “mamá” a su abuela.

Desde el nacimiento de Antonia, Jennifer se las había tenido que arreglar con cuanto trabajo pudiese encontrar. Hacía dos años que, motivada por unas amigas, había decidido viajar durante el verano a Copiapó para trabajar en la cosecha de la uva. Descubrió que podía duplicar y hasta triplicar el sueldo mensual que obtenía haciendo la misma labor en Angol. Volvió al año siguiente y su grupo tenía una meta: varias habían postulado a un subsidio habitacional y con el dinero recaudado en la temporada podrían cubrir el pie necesario. A sus 31 años, Jennifer Novoa al fin iba a ganar la independencia junto a su hija.

La noche del miércoles 25 de marzo, Claudia probó nuevamente llamar al teléfono de Jennifer. Luego del quinto intento, pensó que algo grave podía haber pasado. Como en la televisión aún no se mencionaba a San Antonio, decidió probar con las amigas de su sobrina. En pocos minutos consiguió los teléfonos, pero tampoco obtuvo respuesta. Le tranquilizó saber que las líneas estaban cortadas.

Pasaron uno, dos días. A esa altura, los abuelos de Jennifer estaban algo más que preocupados. El esposo de Claudia, militar, había sido enviado con un equipo especial de Concepción hacia la Tercera Región. Debido a la magnitud del desastre, sus superiores no le permitieron viajar por su cuenta a San Antonio para hacer averiguaciones. Claudia estaba desesperada cuando al fin pudo contactarse con una de las amigas de Jennifer. “Está perdida”, le dijo una voz femenina, aún notoriamente conmocionada. “A ella y otra niña se las llevó el río, tía. Estamos aislados, no podemos bajar a buscarla”.

Al tercer día, Claudia recibió un llamado de la Frutícola Atacama. La empresa le dio dos opciones: recibir notificaciones diarias sobre la búsqueda, o que uno de los familiares viajara –con gastos pagados- a Copiapó para trabajar junto al equipo que la empresa había dispuesto para la tarea. El lunes por la mañana Claudia tomó un vuelo a Santiago y, antes del atardecer, se encontraba instalada en Copiapó.

Al comienzo, Claudia Novoa se sintió abrumada por la cantidad de barro que vio a su alrededor. La ciudad de Copiapó había recibido los aluviones de dos grandes quebradas – Paipote y la del río Copiapó- y, a los pocos días, el barro seguía siendo paleado de prácticamente cada rincón de la capital regional.

Máquinas retroexcavadoras avanzaban tratando de despejar las toneladas de lodo y agua de las calles principales, mientras que los vecinos repelían ese barro armados con escobas y, en el mejor de los casos, una pala. El resultado era un frustrante vaivén entre ambas fuerzas. Las cañerías de la ciudad se habían desbordado, y como en muchas partes, el barro se mezcló con las aguas servidas. El olor que expelía el centro de Copiapó resultó especialmente chocante para Claudia, quien, al igual que todos los afuerinos que llegaron buscando ayudar, no se despegó jamás de su mascarilla. Caminar sin protección para los ojos o la nariz resultaba insoportable –“casi se sentía el pequeño suicidio químico”, recuerda hoy Claudia-, aunque muchos copiapinos no sólo trabajaban sin ella, sino que se vieron obligados a caminar hundidos hasta la cintura en el barro: a mucha gente el aluvión

les había llevado todos sus zapatos. Al Hospital, por ejemplo, llegaban cientos de pacientes totalmente embarrados, aunque hubiesen salido limpios de sus casas. Naturalmente, las infecciones y las alergias a la piel no tardaron en llegar.

La Frutícola dispuso para Claudia un equipo de trabajo de tres personas, más una camioneta para llevarla hasta donde quisiese. Partieron probando un par de kilómetros río abajo desde San Antonio. Llevaban una especie de chuzo largo que enterraban cada veinte centímetros en el barro. Esta técnica fue utilizada en todas las zonas de búsqueda de la catástrofe: con ella, podían saber si debajo de los metros de barro se encontraba algún cuerpo. Claudia y su equipo debían cubrir la huella completa del aluvión, con mucho cuidado de no ser tragados por el barro aún húmedo y traicionero. El avance de cada jornada le resultaba frustrante. La camioneta siempre volvía en silencio.

Si al comienzo aún creía en la posibilidad de que Jennifer se encontrara con vida, perdida en algún pueblo o en alguno de los hospitales de campaña que los militares habían dispuesto, a los pocos días se dijo a sí misma que lo que buscaban era un cuerpo. A las dos semanas, el ejército había liberado al esposo de Claudia. Continuaron buscando juntos.

Para entonces, Claudia ya se había contactado con dos videntes, uno conocido de Angol y otro que le habían sugerido en Atacama. Ambos le señalaron un punto sorprendentemente similar. Entre ocho y nueve kilómetros río abajo desde San Antonio, dijeron, ahí se encontraba el cuerpo de Jennifer.

El equipo se encontraba agotado, habían trabajado en esa zona y habían registrado sin resultados hasta la desembocadura del Copiapó, distante a casi 80 kilómetros. Decidieron volver a registrar el sector apuntado por los videntes.

En la mañana del día 28 de búsqueda, Claudia recibió el llamado de un bombero amigo que se encontraba trabajando en la zona. “Las retroexcavadoras encontraron algo, toma la camioneta y vuela *pa’* acá”.

Apenas llegó, Claudia se encontró con Eduardo Valladares, hombre que, al igual que ella, se encontraba buscando a su hermano desaparecido por todo el Valle. “Debe ser ella”, le dijo con una sonrisa, “anda a verla, parece un conejito de chocolate”. Por alguna razón, Claudia Novoa comprendió que se trataba de Jennifer.

Se acercó unos metros y, efectivamente, encontró un cuerpo femenino totalmente cubierto por una capa de barro similar al chocolate. Claudia se derrumbó. Había pasado casi un mes buscando a su sobrina, y ahora que le parecía tenerla en frente, sentía una mezcla de alegría y horror ante la posibilidad de que *fuera* ella.

“Yo no sé si decirle que es una buena o una mala noticia”, le dijo a la noche un trabajador del Servicio Médico Legal, “pero las huellas coinciden con las de su sobrina”. Luego de un par de trabas –un fiscal llegó a decirle a Claudia que Jennifer debía ser enterrada en Copiapó-, Claudia y su marido se encontraban viajando dentro de una carroza fúnebre a Angol.

Contra las indicaciones del fiscal, retuvieron el cuerpo de Jennifer por una tarde en la casa de sus abuelos en Angol, hasta donde llegaron sus amigas y compañeras de liceo. Realizaron un pequeño velorio y la llevaron hasta el cementerio a la mañana siguiente. Jennifer Novoa Novoa fue enterrada en su ciudad natal, un mediodía de otoño.

Jennifer Novoa cumplió sus 32 años en marzo, pocos días antes del paso del aluvión. Después del trabajo en la frutícola, cruzó con sus amigas hacia el restaurant de Paola y Mauricio. Tomaron cerveza y rieron –la risa de Jennifer era estruendosa y pegadiza- hasta la hora en que la empresa cerraba la reja del campamento. Antes de la medianoche, el pueblo de San Antonio había vuelto a su silencio habitual, tan profundo que se podía distinguir el zumbido de los antiguos postes de luz.

Varios meses después del paso del aluvión, su hija Antonia cumplió años. Celebraron en la casa de su abuela, en la población Nahuelbuta. Aún nadie se acostumbra a la ausencia de Jennifer en la mesa familiar. De vez en cuando, su madre dice cosas como “la Jenny anda trabajando allá en el norte, sólo que no se ha acordado de llamar”.

Claudia Novoa, su tía, quiso cerrar esta entrevista con un “por favor, pon ahí que la Jennifer era una persona muy alegre. Que a pesar de todo el castigo que le dio la vida, fue una mujer feliz”.

Volver a vivir bajo la quebrada

Ocho meses después del paso del aluvión, los Herrera Torres tienen casi lista su nueva casa, construida en el mismo sitio donde se erguía la antigua. Un fuerte viento que viene de la quebrada –la misma por donde bajó el barro que casi los mata– refresca un poco el calor de fines de octubre. En la radio suena una versión swing de *Here comes the sun*, mientras Mónica, satisfecha, supervisa el trabajo de los maestros. Luego de pasar todo este tiempo viviendo en la misma habitación que le facilitaron en marzo, Mónica se nota un poco ansiosa por volver a tener una casa que llamar propia.

La construcción está hecha a partir de las típicas viviendas de emergencia entregadas por el gobierno a los damnificados, pero los Herrera decidieron construir a su alrededor otra habitación, un pasillo largo hasta la cocina y una amplia terraza con sombra. Mónica mira el suelo, lleno de gravilla y tierra, y señala con su pie “mira, acá teníamos la cocina. Y más acá estaba el jardín, teníamos todo lleno de pasto y unos pimientos preciosos”. Aún con las viñas alrededor, es difícil imaginarse ese verdor en lo que hoy es tierra seca.

Es sábado, y como de costumbre, Rodolfo llega a almorzar junto a Danisa. La familia se instala bajo la sombra de una malla de kiwi y reparten el pollo con papas fritas que Matías acaba de traer desde Los Loros. El viento hace difícil mantener los vasos o las servilletas en su lugar, pero a pesar de ello, se las arreglan para pasar un buen rato. Vuelven las bromas sobre el título extraviado de Rodolfo, y los hermanos Herrera Torres, que tienen los mismos

ojos cafés y la sonrisa sincera de Mónica, conversan relajadamente sobre lo que vivieron los primeros meses luego del paso del aluvión.

Al comienzo, Matías vagaba solo por el pueblo, en silencio. Como familia les daba un poco de pudor el pedir parte de las donaciones que fueron llegando a San Antonio con el paso de los días. Aunque lo perdieron todo, se sentían un poco más afortunados que el resto, ya que contaban con algunos ahorros y con la posibilidad de poder volver a trabajar en el corto plazo, y quizás eso los llevaba a no tomar alimentos o ayuda que justamente merecían.

Una vez que el barro se secó, Mónica pasó un tiempo recorriendo el rastro del aluvión, en busca de algún vestigio que antes perteneciera a su hogar. Luego de días de frustrante búsqueda, logró rescatar del lodo unas fotografías de su padre, fallecido hacía un par de años. También encontró utensilios de cocina, páginas sueltas de algunos libros de derecho de Rodolfo y la caja de un microondas que habían comprado hace poco. Tiempo después, una conocida fue a visitarla con un regalo: había encontrado el anillo de compromiso de Mónica, brillando sobre el barro cerca de Los Loros. Al verlo supo que era de ella por la inscripción de los nombres de ambos, que Hernán había mandado a hacer en el anillo hace 25 años.

A los pocos meses de ocurrido el aluvión, Rodolfo Herrera encontró un trabajo estable como abogado de derechos de la infancia en Copiapó. Luego de vivir entre la casa de su novia y la pequeña habitación que su familia aún compartía en los viñedos, pudo al fin arrendar un departamento para él solo. Como el sueldo era bueno, pronto pudo comprar un auto y visitar –ya sin el peligro de ser abandonado por su hermano menor- a su antojo a su familia en San Antonio.

Matías, en tanto, dejó la carrera de Ingeniería en Minas en la universidad, y mientras se debate entre estudiar gastronomía y postular a la PDI, se divierte visitando a su hermana en Santiago y recolectando piezas de autos por el valle. Dos meses después del aluvión logró encontrar su antigua camioneta, y demoró sólo unos días en reparar el motor para venderlo.

Hernán, que llega cuando el almuerzo ha concluido, recuerda la historia de una terapia grupal que se hizo con sicólogos y algunas trabajadoras de la zona, sobrevivientes al aluvi3n. Cuenta que en una de las sesiones una mujer se desmay3, que otra llor3 al recordar lo sucedido y que, en una ocasi3n, una de las mujeres manifest3 que desde aquel d3a sent3a un constante dolor en el coraz3n.

Mat3as menciona que, en una de sus caminatas, oy3 a una se1ora mayor hablar acerca de otro aluvi3n ocurrido en San Antonio, cuando ella era muy peque1a. La mujer recordaba que el barro hab3a arrasado con el cementerio del pueblo, el cual quedaba en la quebrada sobre la que hoy est3 la casa de los Herrera, y que varios ataúdes se perdieron flotando por el r3o.

M3nica, que al igual que Hern3n naci3 en la zona central, dice que siempre le sorprendi3 que en Atacama, apenas ca3an un par de gotas, la gente se guardaba en sus casas. “Era terrible, yo llevaba a los ni1os a Copiap3 y si chispeaba, ten3a que volver a buscarlos porque cerraban el colegio”.

“Quiz3s”, piensa en voz alta, “algo de memoria ten3an sobre esto”. Como si algo anterior a ellos supiera que, en Atacama, una lluvia puede significar el fin del mundo.

Autos abandonados

Jovanna se fue. Luego del paso del aluvi3n y de las semanas y meses angustiantes en que la vida en Paipote se reorganiz3 en torno a la cat3strofe, la pareja decidi3 mudarse a una casa en La Serena, al igual que muchos de los vecinos que no ten3an un arraigo especial con Atacama. Miguel es el 3nico miembro de la familia que viaja constantemente hasta Paipote: a3n conserva el mismo trabajo de electricista.

Nueve meses despu3s del paso del aluvi3n, y bajo el sol del mediod3a, el pueblo luce pr3cticamente abandonado. De los primeros campamentos en el Cerro La Cruz, s3lo quedan

montículos de basura, y las casas que se ubicaban debajo de él fueron recuperadas casi en su totalidad, algo que en un comienzo parecía más bien improbable.

Al caminar por cualquiera de las calles del pueblo, es común encontrarse con casas abandonadas y con barro solidificado hasta el techo. En un comienzo, apenas sucedida la catástrofe, varias compañías de bomberos se vieron obligadas a despejar el barro utilizando cucharas: la idea era no destrozar posibles cuerpos enterrados en el interior de las viviendas.

La ciclovía que solía rodear la quebrada hoy se encuentra interrumpida cada diez metros por tierra, barro y escombros que aún no han sido limpiados. Las plazoletas, que solían crecer plantas y verdor en medio del desierto, hoy lucen secas y abandonadas. Por meses, los habitantes de Paipote sólo pudieron beber agua embotellada, y una de sus últimas prioridades era la de regar los parques.

Sin embargo, y desde agosto, el faldeo del Cerro La Cruz comenzó a germinar. Era el desierto florido, que aparecía después de muchos años de sequía. Añuñucas, garras de león y patas de guanaco le dieron un aspecto menos triste al pueblo que intentaba levantarse.

Aún hoy existen autos abandonados, desfigurados y retorcidos en algunos de los barrios con mejor aspecto de la ciudad. En una plaza, desierta a excepción de un par de columpios, una antigua furgoneta yace abandonada bajo el sol, como un pequeño monumento al aluvión.

Al poco tiempo de instalarse en La Serena, la familia de Miguel –y todos los atacameños que cambiaron de residencia- fueron sorprendidos por un terremoto de magnitud 8,4° Richter que sacudió a la Región de Coquimbo. Jovanna, al teléfono, se ríe. “Estar *meada* de gato es decir poco”, dice, antes de soltar una estruendosa carcajada.

Tierra Amarilla está triste

Juan y Margarita, a quien su marido cariñosamente le dice “La Maggie”, viajan en uno de los pocos colectivos que mantienen su recorrido desde el centro de Copiapó hasta Tierra Amarilla, poblado distante a poco más de 10 kilómetros subiendo por el valle.

Apenas pueden bajar las bolsas de verduras que compraron en la feria junto al estadio, y se las arreglan difícilmente para recorrer los siete metros que separan su casa desde donde los dejó el colectivo. Juan sufre de un asma severa –herencia de años trabajados en las minas y en una fábrica de cemento en Antofagasta- y hace un par de meses una doctora en Santiago le informó que por su condición pulmonar no era elegible para los beneficios de jubilación. Para ello, le dijo, se necesita acreditar un 75% de falla pulmonar, y Juan sólo tiene un 50%.

La Maggie, en tanto, sufrió hace unos años una parálisis en la mitad de su cuerpo. Paulatinamente fue recuperando su movilidad, pero no fue hasta que su hijo la llevó con un brujo en el Valle del Elqui en que pudo volver a caminar con normalidad. Eso sí, se cansa muy fácilmente y sus hijas, que también viven en Tierra Amarilla, deben masajear sus brazos con una crema casi todos los días.

Al estar ubicada en el sector alto del pueblo, lejos del río y de la quebrada que baja desde uno de los cerros aledaños, la casa de ambos no sufrió daños a causa del aluvión. Pero según Margarita, fueron meses en que la vida se vio suspendida a causa del barro. “El centro, los negocios, las casas de nuestros vecinos, todas inundadas hasta el techo o simplemente desaparecidas”. Incluso, relata, la ayuda que llegó posteriormente significó un conflicto entre los vecinos. “Las viejas se acusaban de llevarse más pañales que el resto, o que otros acaparaban artículos de aseo para luego revender. A coscacho limpio se agarraban los *hueones*. Se puso feo, ya ni ganas quedaban de bajar a ayudar”.

Sentada en el antejardín fumando sus *Carnival*, marca que ella misma comercializa en el barrio para hacer un ingreso extra, Margarita Orellana tiene una expresión lacónica, y reconoce mirando hacia la calle abrasada por el sol de mediodía: “y desde que pasó el aluvión que Tierra Amarilla está como triste”.

— ¿Tu sabes lo que son las tronaduras? — me pregunta Juan, mientras cocina unos tallarines para el almuerzo.

— Algo me han contado, pero nunca he escuchado una— le respondo un poco sorprendido.

— Ah— dice burlonamente y mirando el reloj de la pared— Ya vas a ver, ya vas a ver...

Juan usa una polera blanca deportiva, aritos de plata con forma de cruz, y en su antebrazo derecho un tatuaje con la cabeza de un leopardo que mira desafiante. Nació hace 57 años en el Valle del Elqui, en una familia con otros 12 hermanos. Dejó su hogar en la adolescencia para ir a buscar trabajo por Chile. Pasó temporadas en Chillán, Los Andes, Rancagua, Vallenar y Serena, hasta que a los 19 se radicó en Copiapó. “Me bajé del bus y pregunté dónde había trabajo. Me indicaron que arriba hacia el valle estaban contratando temporeros para la cosecha de la uva, y acepté”, recuerda. Testimonio de su vida bajo el sol son su tez morena y los lunares que crecen en sus brazos. “Ésos me quedaron por culpa de los químicos que le echan a las parras. Si conversas con otro temporero mírale los brazos, todos tienen lunares o erupciones en la piel”.

Aquí en el Valle conoció a Margarita. Juntos recorrieron trabajando las viñas hasta que decidieron radicarse en Tierra Amarilla, donde criaron a su familia. “Acá el principal problema es la cesantía. Porque después del aluvión la cosa se puso mala, hartas viñas tuvieron que despedir gente y como dicen que el cobre anda malo, la Candelaria tampoco está dando mucha pega”, dice Margarita. “Más encima como el Juan no puede trabajar por su asma, yo nomás tengo que salir a vender ropa acá a la plaza para hacernos un ingreso. Eso y los cigarros”, completa.

Margarita viaja cada cierto tiempo a Santiago, específicamente al barrio Meiggs, para comprar la ropa que vende en Tierra Amarilla. Dice que no le gusta la capital, que viaja de

noche para llegar al amanecer, comprar ropa y subirse al tiro de vuelta en un bus. “Me da miedo cruzar la calle, con todos esos locos que manejan allá”.

En eso, la tierra comienza a temblar. Un ruido ronco crece desde el suelo y la casa se sacude por casi cinco segundos.

— ¿¡Qué fue eso!? — pregunto asustado.

—Eso — dice Juan desde el marco de la puerta, exhibiendo una sonrisa socarrona —fue una tronadura.

En la siguiente hora y media en que dura el almuerzo y la sobremesa, se sentirán tres más.

“Es que la mina está acá abajo *po*”, dice Juan mientras me sirve un vaso de la Coca Cola que acaba de comprar en el almacén de su vecina. En Tierra Amarilla basta asomarse a cualquier vereda de cualquier calle para ver el enorme yacimiento sobre los cerros, cruzando el río “Yo trabajé un año en la Candelaria con mi hijo, que es eléctrico”, relata Juan. Desde aquí se ven camiones que en perspectiva parecen de juguete, pero la mina tiene una veta subterránea de varios kilómetros de largo. “Acá debajo del pueblo hay una galería gigante, con luminarias y calles, igual que en la superficie. Pasan autos, camiones y personas, es como una ciudad debajo de la tierra” dice Juan moviendo infructuosamente sus brazos, como tratando de describir los vaivenes de una urbe subterránea.

Las tronaduras son explosiones controladas de toneladas de dinamita utilizadas para seguir agrandando las vetas en busca de mineral. Incluso, tienen un horario. “La de Candelaria suena a las 12:00, y la de Atacama Kozan es a las 13:00. Aunque a veces suenan a las 8 de la mañana, y esas son las más jodidas”. En Tierra Amarilla no existe el tradicional repique de las campanas de bomberos; el mediodía es anunciado por una tronadura.

La cesantía, en efecto, es una de las consecuencias del aluvión que más se siente en el Valle. “Hay menos plata, eso se nota. Hasta los colectiveros tuvieron que devolverse a Copiapó, porque queda muy poca gente que pague un pasaje hasta acá arriba; todos prefieren irse en micro o simplemente no salir”, dice Margarita.

— De sus ex compañeros en las minas, ¿hay alguien más enfermo de los pulmones? — le pregunto a Juan.

— *Chiss*, caleta. Y no sólo viejos, uno va al consultorio de acá abajo y está lleno de guaguas y niños tosiendo. El polvo en suspensión de la mina los deja así—.

De la casa del vecino se escucha un reggetón a todo volumen. *Hola bebe/ ya que contigo no sirve la labia/ y te crees muy sabia/ Pero vas a caer, te lo digo mujer*. Juan mira a Maggie encender su tercer cigarro y luego al asfalto que se derrite al sol. Fuera de la música, da la impresión de que es un pueblo fantasma. Un par de mujeres pasan caminando apresuradas para evitar el calor insoportable; el resto es quietud, sopor y reggetón.

— ¿Cómo se proyectan ustedes de aquí a 10, 15 años más? — les pregunto.

— ¿Yo? Ojalá quiera diosito ya esté enterrada bajo tierra. Muertecita nomás — dice rápidamente Margarita.

— ¿Y Tierra Amarilla, el pueblo? — insisto.

— Yo creo que no va a existir nada de esto. Andan diciendo que Candelaria va a comprar todo esto y nos va a echar a otro lado, como en Chuquicamata— dice Juan.

— Sí *pos*. O si no es un aluvión, va a ser un terremoto que nos hunda a la mina, Tierra Amarilla se va a caer todita.

No tan lejos –al menos no lo suficiente-, la tronadura de hace unos minutos levantó una nube de polvo café, que lentamente se disuelve en el cielo azul sobre la mina.

SEGUNDA PARTE: EL SALADO

CAPÍTULO I: ARRAIGO EN EL DESIERTO

Muchísimos años después, Enrique Pizarro recordaría el día en que su padre lo llevó a conocer, por primera vez, una escalera. Habían llegado de su natal Pedro de Valdivia, oficina salitrera perdida en el desierto de Atacama, entre Antofagasta y Calama, para radicarse definitivamente en Pueblo Hundido. En un hotel de la calle principal, su padre, viejo calichero, lo tomó de la mano y, acompañándolo hasta el fondo del comedor, lo hizo subir peldaño por peldaño. Enrique Pizarro tenía cuatro años.

Para el año 1913, y luego de alejarse de los trabajos en El Teniente, el ingeniero estadounidense William Braden se vio muy interesado en adquirir el yacimiento de Potrerillos, ubicado a 155 kilómetros del puerto de Chañaral y en plena cordillera de los Andes. Braden sospechaba de oídas que el mineral atacameño podía competir en productividad con el de Chuquicamata, y ese mismo año inscribió su propiedad en el Conservador de Minas de Chañaral.

Hasta entonces, el valle por donde corría el Río Salado estaba conformado por pequeños campamentos mineros salpicados a lo largo de su extensión, entre cerros totalmente secos y llenos de mineral. La construcción del ferrocarril, un par de décadas atrás, había hecho florecer localidades como Llanta, El Salado o Pueblo Hundido (que luego sería rebautizado como Diego de Almagro). Al alero de la minería, el comercio local fue creciendo en este improbable paraje desértico.

A diferencia del Valle del Copiapó, en los márgenes del río Salado no es común ver crecer vegetación, y sólo existen un par de oasis –con álamos, plantaciones pequeñas y hasta un

par de cabezas de ganado- repartidos en más de 200 kilómetros de extensión de carretera camino hacia el antiguo mineral de Potrerillos. El paisaje está conformado casi exclusivamente por cerros altísimos que cierran una explanada seca, que fluctúa entre uno y tres kilómetros de ancho. Al poco andar se pueden apreciar antiguas faenas mineras o piscinas de relave desperdigadas por todo el valle.

Ya en 1916, Braden se dio cuenta de que había comprado una veta que definitivamente no podía competir con la gigante Chuquicamata. Fue entonces que vendió los derechos de propiedad a la Anaconda Copper Company, la cual adoptó un nombre tristemente célebre para casi todos los habitantes del Valle: la Andes Copper Mining Company.

Desde su entrada en funcionamiento, hacia finales de la década de los 20', la explotación del mineral de Potrerillos por parte de la empresa estadounidense se transformó en el eje principal de la economía en la zona. La construcción de centrales termoeléctricas cerca de Chañaral y de nuevas líneas ferroviarias, sumado a la modernización de puertos para la exportación y al desarrollo de los servicios que rodean a la gran minería fueron consecuencia directa del funcionamiento de la veta; así como también la contaminación y el progresivo secado del río Salado.

Incluso después del proceso de la nacionalización del cobre, llevado a cabo por el presidente Salvador Allende, Chañaral –y todos los poblados de la zona- seguirían resintiéndose por años las gravísimas consecuencias de la contaminación minera heredada por la Andes Copper.

Hacia el año 1940, el mineral de Potrerillos comenzó a escasear: la veta se estaba agotando. Muy preocupados, los capitales estadounidenses comenzaron a buscar dónde poder seguir explotando la montaña. Tras años de exploraciones, dieron con un antiguo yacimiento indígena, kilómetros adentro de una meseta en medio del desierto. La llamaron El Salvador.

Paulatinamente, Potrerillos, otrora urbe principal, comenzó una “gran mudanza” que se extendería por casi 40 años. Tras albergar a más de 7.000 habitantes, enormes teatros, casas

comerciales, iglesias, escuelas y plazas principales, la ciudad comenzó a quedarse vacía. En Diego de Almagro, El Salado, Chañaral y El Salvador existen poblaciones o sectores conformados por antiguos residentes de Potrerillos. Conversar con cualquiera de ellos es enterarse de la nostalgia que se siente por el antiguo esplendor, por los beneficios que los norteamericanos –y después Codelco- les entregaban a las familias mineras, y por las obras que el teatro exhibía “antes de que llegaran a Santiago, por ejemplo”.

Enrique Pizarro es un hombre moreno, alto como un ropero, de espalda ancha y maciza. Sus canas son de un plateado natural, y usa un bigote a lo Carlos Caszely. Nació en un campamento salitrero que hoy se encuentra abandonado en pleno desierto, y vino a instalarse a una ciudad que quién sabe si existirá en algunos años más.

Ese es un aspecto llamativo de la vida atacameña, la sensación de fragilidad del presente. Varios de los poblados de los valles de El Salado y Copiapó surgieron como campamentos mineros, pero con el antecedente de otras decenas de pueblos que con el mismo origen se extinguieron o fueron cerrados, la vida parece sujeta a un tira y afloja con la caducidad, con la idea de la mudanza inminente. A pesar de las escuelas, los cementerios, los barrios, las plazas y los tránsitos (y del inmenso amor que los locales sienten por *su* tierra), pareciera que en todo pequeño poblado de Atacama la gente tuviera todas sus cosas empacadas y listas para el día en que alguien diga “se acabó, nos vamos”. Ambas ideas, la de arraigo y transitoriedad, conviven en un equilibrio único.

Incluso, si un aluvión viene y parte tu ciudad en dos.

CAPÍTULO II: ANTES

Valery Tabilo y el dragón chino de El Salado

Pese a no tener idea de las advertencias climáticas que se venían anunciando escuetamente por la radio y otros medios de la región, Valery Tabilo, ingeniero informático de profesión, tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir esa última semana de marzo.

Hombre alto, de rostro afable -aunque poco expresivo- y andar ligeramente encorvado, Valery llevaba 12 años trabajando para el Liceo Sara Cortés Cortés de Diego de Almagro, pueblo distante a 20 minutos de su natal El Salado, donde aún vivía el resto de su familia.

El fin de semana previo al aluvión, Valery acompañó a su hermano Jorge al balneario de Flamenco, ubicado unos pocos kilómetros al sur de Chañaral. Les llamó la atención que la playa en la que se habían bañado durante la mañana se hubiera llenado de grandes rocas en apenas dos horas, como si el mar se hubiera llevado toda la arena. Discutieron sobre el asunto y decidieron que por precaución era mejor no volver a entrar al agua, y luego de un rato se olvidaron del asunto.

En la noche, mientras celebraban la quinta jornada del Nisán (la familia de Jorge es Testigo de Jehová) ambos se fijaron en la luna. Valery le recordó a su hermano un antiguo refrán de su padre, “luna apuntando al norte, aguacero seguro”. “Pero aquí no llueve nunca”, retrucó Jorge cortante.

El último indicio que tuvieron los hermanos de lo que iba a venir lo encontraron a su regreso a El Salado. De las casas del pueblo comenzaron a salir brotes de hormigas, miles, caminando desde las paredes hacia los jardines. “¿Viste?” le enrostró Valery triunfante a su hermano, “las hormigas sólo salen cuando va a llover fuerte, ellas lo sienten antes”. Ese domingo, Valery se enteró de que como medida de precaución, su liceo había suspendido

las clases, y decidió quedarse a dormir en la casa de sus padres. Esa noche comenzó a llover.

Durante todo el lunes llovió con insistencia y las clases también fueron suspendidas para el día siguiente. A Valery lo llamó un amigo desde El Salvador, ciudad distante a varios kilómetros hacia la cordillera, para advertirle que el río venía bastante crecido, y que muy probablemente en Salado iba a bajar con más fuerza. Valery oyó la advertencia, sin prestarle mucha atención.

Seguía lloviendo la tarde del martes cuando los bomberos pasaron por los sectores bajos del pueblo advirtiéndole que existía el riesgo de que el río se desbordara, y que debían estar preparados para cualquier tipo de evacuación. La gente no tomó muy en serio dicha sugerencia, y se preocupó de reparar y contener las filtraciones de lluvia para la que las casas nortinas están tan mal preparadas.

Cerca de la medianoche, el río comenzó a bajar con agua, y mucha. Valery salió de la casa de sus padres y atravesó el puente hacia el centro, trayecto que en un pueblo como El Salado toma apenas un par de minutos, para avisarle a su hermano, que vivía en el sector inundable cruzando la carretera.

Cuando hizo el camino de vuelta, el río ya había crecido el doble y se acercaba peligrosamente al límite de la zanja de contención, lo que a esas alturas se había vuelto una especie de espectáculo. Mientras los habitantes de El Salado se amontonaban con linternas sobre la rivera para observar el torrente, en muchas casas comenzaron a producirse los primeros anegamientos por agua de lluvia.

Durante el resto de la noche, Valery, su hermano y un amigo colombiano, se dedicaron a colocar sacos de arena afuera de las casas y negocios de conocidos. Terminaron la agotadora faena a las cuatro de la mañana. “¿Vamos a ver el río?”, preguntó Jorge

emocionado, como proponiendo un premio a la labor terminada. Los tres hombres se dirigieron nuevamente a la rivera y se quedaron largo rato admirando el caudal. Quizás por el ruido o el movimiento del agua, Valery usó una peculiar metáfora para describirlo: “era como ver a un dragón chino”.

En ese momento Jorge les dijo que debía ir a ver a su familia, que vivía en las casas del otro lado del pueblo. Para entonces se había formado en el río un extraño remolino, que con la luz de las linternas adquiría un aspecto grotesco, justo por debajo del puente. Pese al miedo, Valery siguió a su hermano corriendo con los ojos entrecerrados, apenas abiertos para esquivar las piedras que se encontraban desparramadas por el puente.

Una vez en la casa de sus padres, y pese al cansancio, Valery pasó la noche en vilo por temor a que ellos intentaran cruzar el puente hacia la panadería. A las siete, ya con luz de día y sin haber dormido un minuto, se vistió para acompañar a un amigo al teatro, donde se encontraban los primeros damnificados. Bomberos ya había dado la orden de evacuar todo el centro de El Salado, pero muchas personas seguían regresando a sus casas para ver a sus mascotas o porque no creían que el río fuera a crecer mucho más.

Durante toda la mañana Valery se la pasó caminando de un lado a otro, chequeando la casa de sus padres, yendo con amigos a ver el río, visitando a los albergados y conversando con vecinos. Pese a la lluvia el cauce del río sólo crecía y bajaba en vaivenes. Prácticamente todo el pueblo había pasado la noche despierto pero nadie se encontraba de mal humor, incluso las personas damnificadas del teatro reían y compartían el desayuno pensando en volver pronto a sus casas para limpiar el agua y continuar con un día normal. A esa altura, el aluvión ya había barrido con varios poblados en el valle de Copiapó.

Diana López, doctora

Diana López, joven doctora antofagastina recientemente titulada, había elegido hacer su residencia de zona en el hospital de Chañaral, motivada principalmente por la cercanía que

tendría con su hogar – en el Norte Grande, 400 kilómetros pueden ser considerados como una distancia “cercana”-.

Debía encontrarse en su puesto de trabajo a comienzos de abril, pero decidió viajar por adelantado para conocer la ciudad, presentarse ante sus nuevos compañeros y buscar algún alojamiento. Un primo le comentó acerca de una pariente lejana de ambos, que era paramédico en Chañaral y que podía ayudarla por el día en que permaneciera allá. Se puso en contacto con ella y acordaron tomar desayuno apenas llegara. Después de todos los preparativos, Diana abordó junto a su madre el bus que la llevaría hasta Chañaral. Era la madrugada del 25 de marzo, y en su natal Antofagasta llovía a baldes.

Durmieron a saltos en el bus. Durante el trayecto, Diana se asomó de vez en cuando por la ventana y, a pesar de la oscuridad, pudo distinguir un hilo de agua corriendo junto a la carretera. En el camino se encontraron con un par de deslizamientos de tierra producto de la lluvia, los cuales detuvieron al bus de dos pisos por un par de horas. Finalmente, entraron a Chañaral cerca de las diez de la mañana.

Al llegar al terminal, el auxiliar del bus les comunicó a todos los pasajeros que debían descender, debido a que la máquina presentaba un desperfecto que arreglarían en uno de los talleres cercanos a la carretera. De mala gana, quienes se dirigían al sur tuvieron que bajar para guarecerse de la llovizna en la estación, junto a Diana y su madre. Allí, ambas se dieron cuenta de que no tenían señal en sus celulares. Un ciudadano peruano que viajaba con ellas las oyó y les prestó el suyo: era el único teléfono en todo el terminal que aún tenía señal. Luego de varios intentos fallidos, Diana pudo al fin comunicarse con Clarita Pizarro. Las cosas empezaban a pintar mejor.

Tomaron desayuno juntas en su casa, ubicada cerca del Liceo Federico Varela, en la zona alta de la ciudad. Clarita, conocida paramédico de la zona, había vivido ahí junto a su esposo Carlos –ex sido gobernador de la provincia- por más de 30 años. Ambos tenían hijos profesionales que vivían en otras ciudades y enseguida le tomaron cariño a Diana.

Clarita llevó a Diana y a su madre al hospital. Apenas tuvieron tiempo de conocer a la media decena de médicos cuando se anunció por los parlantes que los trabajadores tenían permiso de retirarse a sus casas. La fuerte caída de agua había alertado a ciertas personas en la ciudad, y se hablaba de un posible anegamiento para el sector de Pan de Azúcar, del lado norte del río.

Clarita decidió llevarlas a dar una vuelta por la costanera. La solera tenía tres metros de agua, y la tierra en el sector de la bahía había comenzado a desprenderse. El esposo de Clarita, hombre experimentado en ese tipo de fenómenos en la zona, les aconsejó que subieran, ya que la cosa pintaba para fea. Pasaron al supermercado y volvieron a la casa para almorzar.

Cerca de las dos de la tarde, la radio –a la que no le habían prestado mayor atención durante la comida- comenzó a carraspear. Reconocieron, entre el insistente sonido de la estática, voces que parecían gritos. Inmediatamente un ruido atronador sacudió la casa. Carlos salió para averiguar qué era lo que ocurría. Al volver, traía en su rostro una expresión de espanto y la mirada extraviada. Les comunicó, adoptando un tono de voz gravísimo: “no van a creer lo que está pasando afuera”.

Cristián Hidalgo y las temporadas en el circo

Las temporadas en el circo no terminan nunca. De vez en cuando, y como sin darse cuenta del paso del tiempo, a cada trabajador –desde montadores y tramoyas hasta bailarinas y trapevistas- le corresponde un período de vacaciones, donde la mayoría aprovecha para viajar a sus hogares. Como dentro de las 50 personas que trabajan en el Circo hay ingleses, franceses, rusos, mexicanos y colombianos, el descanso permitido puede extenderse por meses, pero no para Cristián Hidalgo. “Yo tenía una casa propia en Santiago, con familia y todo, pero ya no soy de ninguna parte. Soy del circo *nomás*”, reconoce cortante cada vez que le preguntan.

El Circo Ruso Sobre Hielo venía de dar funciones en Copiapó a carpa llena cuando se instaló en Chañaral. En la noche del martes 24 de marzo, y como en la película Dumbo, los fornidos montadores levantaron la enorme carpa a pesar del frío y la garúa, para que la ciudad la encontrara armada al amanecer.

El miércoles 25, Cristián, hombre moreno de espalda anchísima y brazos como camiones, y quien trabajaba como tramoya del Circo desde hacía más de 15 años, despertó poco pasado el mediodía. Aunque cansado por el montaje de la noche anterior, decidió vestirse y salir a comprar algo para el desayuno. Caminó un par de cuadras por la costanera de Chañaral, y se sentó en uno de los kioskos cercano a los terminales de buses. Tranquilamente, comenzó a mordisquear su marraqueta con té. Era la una de la tarde.

Seguía lloviznando cuando un camión de Bomberos pasó con la sirena encendida. Una voz alterada ordenaba por megáfono evacuar las zonas bajas. Entonces Cristián, quien no había logrado entender mucho al bombero, apuró su té y se echó lo que quedaba de marraqueta al bolsillo. Trotó por la calle -que ya traía bastante agua en la solera- y llegó al Circo. Se encontró con un par de compañeros dormidos y apenas pudo despertarlos a tiempo para subir corriendo las dos cuadras que los separaban del comienzo del cerro, en el preciso momento en que un aluvión arrastraba camiones de ácido sulfúrico, casas y personas por el centro de Chañaral.

CAPÍTULO III: PARA QUEDARSE EN CHAÑARAL

Elsa Collao tiene cáncer. Su padre también lo tuvo, al igual que tres de sus tías. En una ciudad donde un tercio de las muertes son producto de esta enfermedad, y donde la supervivencia económica depende casi exclusivamente del paso de la carretera panamericana y de la minería en decadencia, curiosamente un aluvión que la partió en dos es una de sus tragedias menos preocupantes. Para quedarse a vivir en Chañaral, dicen algunos, hay que ser valiente, romántico o *hueón*. O simplemente pobre.

El año 2012, la investigadora Sandra Cortés -junto a un grupo de científicos de la Universidad Católica- examinó a 162 vecinos de Chañaral entre 18 y 65 años. El estudio reveló que un 46,6% de las personas evaluadas sufría males respiratorios como asma o síndrome obstructivo, todos casos asociados a los relaves de cobre. Al comparar dicha cifra con los datos obtenidos en la Encuesta Nacional de Salud de los años 2009-2010, los chañaralinos duplicaron las afecciones del promedio del resto de Chile. Además, se encontraron altos niveles de cobre en la orina sobre todo en los habitantes de la Población Aeropuerto, en la zona norte de la ciudad.

Para Manuel Cortés, autor de “La gris de Chañaral”, el origen del desastre ambiental y de salubridad en la Bahía de Chañaral se remonta a 1938, cuando colmados los embalses de relaves terrestres que almacenaban los relaves de Potrerillos (entonces de la empresa estadounidense Andes Copper Mining Company), se procedió a vaciar ese material al mar, utilizando para ello el cauce del río Salado, que pasa por las localidades de Llanta, Diego de Almagro y El Salado antes de desembocar en la Bahía de Chañaral.

Luego de agotado el mineral de Potrerillos, fue la mina El Salvador la que siguió vertiendo los desechos de su faena en el Río Salado. Incluso después de la nacionalización del cobre impulsada por el presidente Salvador Allende, y ya con Codelco a cargo de las faenas, los residuos siguieron llegando y almacenándose en la bahía.

Fue en 1975, durante la dictadura militar, que se tomó la decisión de comenzar a evacuar los desechos nueve kilómetros al norte de la ciudad, en Caleta Palitos. Esto motivado no por los reclamos de la comunidad, sino porque el barro negro y viscoso que desde hacía años se había comenzado a acumular en la costa chañaralina estaba afectando el trabajo en el puerto de embarque de la Minera Santa Fe. Sin embargo, las corrientes marinas hicieron que el rango de contaminación se expandiera, llegando incluso hasta el Parque Nacional Pan De Azúcar, ubicado a más de 30 kilómetros de Chañaral.

“Pasaron los años, y el mar se fue retirando de a poco”, recuerda hoy Elsa. Su padre, al oírla, interviene: “antes la playa era de piedras, sin arena, limpia. Pero imagínate lo cochino de lo que le tiraban al mar que él mismito se retrocedió. Como si dijera ‘ya, me cansé de esta *huevá*’. Tanto así que se chupó como dos kilómetros hacia adentro”. En efecto, lo que hoy se denomina la “playa de Chañaral” no es más que un relave gigantesco, dos mil metros de arena blanca que separan la ciudad de la costa marina. Sobre el relave construyeron la carretera Panamericana, y alrededor de esta, restaurantes, bombas de bencina y viviendas. La gente se fue olvidando de él, y de cómo era Chañaral antes de su llegada. La ciudad creció, atrajo turistas, comerciantes y nuevos trabajadores para las minas, y cuando todos ellos preguntaban por qué la playa quedaba tan lejos, los chañaralinos levantaban los hombros y respondían con resignación “porque el mar se chupó hace años”. De todas formas, la mayoría advierte al afuerino que si quiere bañarse, mejor lo haga en otro lado.

El año 2003, luego de un proceso de descontaminación llevado a cabo por el gobierno regional y Codelco, el entonces presidente Ricardo Lagos apareció de sorpresa en la Bahía de Chañaral con un coqueto traje de baño gris. Acompañado entre otros por el gerente general de la División El Salvador de Codelco, Julio Cifuentes, el presidente Lagos se sumergió de piquero en el mar, capeó algunas olas y salió campante para anunciar que la descontaminación había sido todo un éxito.

Algunos piensan que dicho gesto tuvo una doble lectura, ya que en ese entonces la demanda de una salida marítima de Bolivia había vuelto a ser un tema con la elección de Evo

Morales. De cualquier forma, un par de años después, las piscinas y juegos infantiles que se habían instalado por la reapertura del balneario fueron clausurados. Un letrero colocado por la autoridad sanitaria, prohíbe el acceso de cualquier índole a la bahía. El peligro era latente y el bañarse o tomar sol sobre un relave evidentemente ponía en peligro la salud humana. “Aún debe estar rascándose las alergias el viejo ese”, bromean los chañaralinos hasta el día de hoy.

La concentración de cobre en la zona es tal, que hace unos años la empresa Copper Bay se hizo con parte de los derechos del relave –sí, los relaves tienen dueño y derechos económicos- para comenzar a explotarlo. Irónicamente, dicha acción sería un alivio para los chañaralinos, porque la explotación de las millones de toneladas de relave de la bahía implicaría por ley un proceso de extracción y tratamiento que podría limpiar definitivamente la zona; aunque nada garantiza la recuperación de la fauna marina ni las mejoras en los índices de salud.

La casa de Elsa Collao, ubicada en el casco histórico de la ciudad, tiene una terraza amplísima donde crecen toda clase de plantas, y desde la cual se tiene una vista privilegiada sobre la ciudad y la bahía. Desde allí, la familia Collao observó cómo el aluvión partía en dos la ciudad, y cómo los socavones –hoyos gigantes formados en la zona del relave- se tragaron autos, camiones y personas. Entre toda esa masa café y con tintes verdosos por todo el cobre concentrado, aún hay personas que no han sido encontradas. “El relave se los tragó, y de lo grande que es no los van a encontrar más”, dice con resignación.

Ante la pregunta de por qué insiste en vivir en una ciudad envenenada por la contaminación minera, y en la que muy probablemente su familia e hijos sufran de cáncer, Elsa responde: “Yo ya no tengo intención de irme. Y si la tuviera, no podría, soy profesora y no tengo más que mi familia y esta casa donde crecimos. Pero sobre todo eso, Chañaral es mi casa, es mi hogar. Nadie puede pedirme que me vaya de mi hogar”.

CAPÍTULO IV: ALUVIÓN

Resignación en El Salado

A una hora de la mañana que no logra recordar, y mientras junto a algunos vecinos tomaba fotos del río que había crecido en El Salado, Valery Tabilo oyó un ruido que lo hizo temblar.

Inmediatamente levantó la cabeza para observar cómo una pared de agua renegrida que abarcaba todo el ancho del valle -aproximadamente unos tres kilómetros de ancho-, bajaba camino hacia El Salado. A lo lejos, se podía distinguir cómo el aluvión doblaba como cañas de pescar y sacaba de cuajo los postes de luz erguidos junto a la carretera. El sonido de los cables eléctricos puestos en tensión suscitó la primera alarma que llevó a todos quienes se encontraban cerca de la rivera a buscar refugio en los cerros, excepto a Valery. Bajo la lluvia, se mantuvo inmóvil durante algunos segundos observando la ola de barro acercarse, poste por poste. Hasta que un amigo lo tomó del brazo y lo despertó de su perplejidad: “¡hueón, al parque!”, le gritó. Ambos comenzaron a correr.

Jadeantes, lograron llegar a los pies del Cerro La Cruz, justo al momento en que el aluvión golpeó al pueblo de El Salado.

Rápidamente, el aluvión dividió al poblado en dos: en el lado norte se encontraba la panadería de los padres de Valery, además de un puñado de casas construidas sobre terrenos altos, mientras que en el lado sur se ubicaban el teatro, el parque y las cientos de personas que habían llegado corriendo hasta el Cerro La Cruz. En medio de ambos altos se encontraba la carretera, y junto a ella, negocios, restaurantes, el liceo, la estación de radio Ollantay y de bomberos, un gran número de viviendas, además de la planta de almacenamiento de ácido sulfúrico ubicada a un costado del estadio de fútbol. Todo aquello, que constituía el centro de El Salado, fue tan rápidamente cubierto por el barro, que una decena de personas quedaron aisladas sobre los techos de sus casas y, en mayor

número, sobre la estación de bomberos. Con horror, Valery observó que muy cerca de la estación había una familia atrapada en el medio del torrente, aferrada a un riel de ferrocarril que se había levantado por la fuerza del barro. Descubrió a un hombre mayor que afirmaba a sus hijos –algunos notoriamente pequeños- y los apresaba al riel con su abrazo, mientras el aluvión los cubría hasta la cintura. Como a su alrededor las primeras construcciones habían empezado a ceder por la violencia con que bajaba el barro, casi nadie pensó que esas personas tuvieran chances de sobrevivir. Indefectiblemente, se dijeron, se los iba a tragar el río.

De pronto Valery recordó que su hermano, junto a su mujer y sus hijos, estaban en una de las casas bajas del otro lado del pueblo. Quiso llorar pero no pudo, y dentro del poco discernimiento que le permitió tal repentina sucesión de hechos, pensó en la posibilidad de no volver a verlos con vida.

Las horas que siguieron la llegada del aluvión fueron sin duda angustiantes. Los que se encontraban a salvo en terrenos altos intentaron llamar de manera infructuosa a teléfonos de emergencia, amigos o familiares. Las líneas estaban cortadas y cuando alguien al fin pudo comunicarse vía radio con carabineros, se enteraron de que todos los pueblos de la quebrada del río Salado habían sufrido el mismo daño, y todos se estaban preocupando de su propia emergencia.

Lo primero que se intentó hacer fue conseguir un helicóptero para que rescatara a las personas apostadas sobre el techo de la estación de bomberos. Con el correr de los minutos, el torrente había comenzado a roer sus cimientos y a derrumbar varias casas cercanas. La vida de una docena de personas –entre ellas la de varios niños- dependía entonces de que las vigas centrales de la construcción de tres pisos resistieran el embate del río. Hubo quienes sugirieron tratar de llegar hasta ellos con una cuerda, pero la lejanía del edificio con la rivera y el tránsito de camiones arrastrados por la corriente rápidamente los disuadió de ello.

Incomunicados, impotentes, sin margen de acción posible, los habitantes de El Salado cayeron en un estado que los aturdiría por horas: la resignación. Mujeres, adultos, niños, todos se limitaron a observar al “dragón chino” que lentamente comenzaba a borrar los rastros más reconocibles del pueblo. La torre de agua junto al depósito de ácido sulfúrico, la comisaría con sus carros policiales incluidos y casas por doquier eran removidas de sus cimientos, arrastradas perezosamente algunos metros y luego desplomadas para desaparecer en el río en cosa de segundos. El derrumbe de dichas construcciones comenzó a levantar una densa nube de polvo café que por algunos momentos no permitió tener visibilidad de lo que ocurría sobre el torrente.

Valery contempló la escena por largo rato. La lluvia iba y venía y las nubes que cerraban el cielo le parecieron feas, cargadas; tan densas que no dejaban ver la punta de los pequeños cerros que bordean el pueblo. A pesar de llevar casi 30 horas despierto, en ningún momento sintió hambre o fatiga, sólo esperaba que algún helicóptero llegara pronto para rescatar a las personas del techo de la estación, que a esas alturas, era una de las últimas construcciones en pie. Eran las dos de la tarde del miércoles 25 de marzo.

Los pescadores navegan el barro

A salvo sobre un alto de la ciudad, el tramoya Cristián Hidalgo y sus compañeros del Circo Ruso Sobre Hielo observaron cómo Chañaral se vio de pronto arrasada por el aluvión.

El barro entró a la ciudad por la quebrada del Río Salado, golpeando primero a las poblaciones que se habían instalado en la rivera, junto a la carretera. Por ahí también se encontraba la planta de revisión técnica Tamarugal, y junto a ella un estacionamiento donde descansaban los camiones de ácido sulfúrico que salían con frecuencia hacia las distintas minas de la cordillera. Luego, el barro se desvió hacia el centro de la ciudad. La calle principal, Merino Jarpa, se vio inundada en segundos. La fuerza del aluvión derribó al instante decenas de casas ubicadas en el sector, y sólo se mantuvieron en pie los edificios comerciales de mayor envergadura. Cristián observó cómo muchas personas quedaron

atrapadas en ellos y sobre los techos de las estaciones de servicio, las que apenas superaban el nivel del barro.

El kiosko donde hacía 15 minutos tomaba su desayuno, había volado como una caja de fósforos frente a los terminales de buses. Los armazones del circo, apenas cruzando la carretera, se tambaleaban como tallarines, y pronto comenzaron a ceder a la fuerza del barro.

A pesar del ruido y los gritos a su alrededor, Cristián tardó varios minutos —o eso sintió— en reaccionar. Una garúa perezosa caía sobre su cara, y lo único que se interponía entre él y una linda visión de la bahía era un torrente de agua color café con leche tragando, arrastrando y revolviendo todo lo que hubiera a su paso. El ruido del aluvión arrasando con la ciudad —maderas crujendo, edificios desplomándose y gente gritando desesperadamente por ayuda— le resultó extrañamente cautivante.

Frente a donde se encontraba, el torrente chocó contra el depósito de relaves de la bahía, formando varios socavones donde iban a perderse todas las cosas que el aluvión arrastraba consigo. Cristián, y todos los chañaralinos que se habían apostado sobre el cerro, vieron con horror cómo el socavón tragaba camiones, buses de dos pisos, animales y, pronto, personas.

En eso, un hombre mayor pasó flotando sobre un sillón en el torrente, pidiendo ayuda desesperadamente. Cristián despertó del letargo al ver cómo aquella persona caía y se perdía en las entrañas del relave. Sólo después de observar a ese hombre morir ahogado, Cristián, sus compañeros, y los chañaralinos que lo rodeaban, comenzaron a actuar.

Junto a él, un joven cabo de carabineros se lanzó al río con una cuerda para rescatar a otro hombre, que venía flotando sobre una tabla. Pronto, apareció un grupo de pescadores. Dijeron que tenían un bote a tan sólo unas cuerdas, y que podían utilizarlo para rescatar a más personas. Los tramoyas fueron en su búsqueda y enseguida lo bajaron sobre sus hombros hasta la orilla. Mientras los experimentados pescadores maniobraban sobre ese río

revoltoso y turbio, los tramoyas ocupaban su fuerza para asegurar el bote con una cuerda amarrada a él. De esa forma, lograron rescatar no sólo a varias de las personas que se encontraban atrapadas sobre los techos del centro, sino que a un par de animales (desde gatos hasta caballos) y hasta a una mujer que era arrastrada por el aluvión.

Pasarían varias horas para que Cristián Hidalgo, sus compañeros y los pescadores, lograran descansar de su fatigante tarea. Entonces, el tramoya recordaría la marraqueta que había guardado del desayuno en su bolsillo. Se encontraba totalmente embarrada.

Lo que más impactó a Diana López no fueron las decenas de casas, autos y camiones que arrastraba el torrente. Tampoco el río de barro, que parecía interminable y que no hacía más que crecer y crecer, a pocas cuadras de la casa de Clarita. Lo que más impactó a la joven médico, fue la expresión de horror en esas personas que no eran sus coterráneas, cuando observaban todo lo anterior. Los gritos desconsolados, los pedidos de auxilio, los “mira *conchatumadre*, mamita la mansa *cagá, conchatumadre*” al borde del llanto. Los “arranca *hueón oh*” y, especialmente, aunque en menor medida, los semblantes de silencio lacónico que algunos chañaralinos adoptaron mientras presenciaban al aluvión llevarse su ciudad.

Minutos antes, Julio Palma, trabajador de la planta de revisión técnica Tamarugal y cuñado de Clarita, había sido advertido por bomberos que un aluvión se dirigía hacia la ciudad. Miró a su alrededor –un terreno amplísimo, enclavado a pocos metros de la quebrada- y contó más de veinte camiones con los característicos estanques naranjos; todos con una tonelada de ácido sulfúrico en su interior. “Si se llegan a dar vuelta, estamos cagados”, pensó, y de inmediato se dio a la tarea de moverlos uno por uno hacia terrenos altos, obviando la advertencia de bomberos.

No había logrado mover más de media decena de camiones cuando oyeron venir el aluvión. Al igual que en El Salado y Diego de Almagro, el barro se dejó anunciar en Chañaral por el

ruido que hacía el lodo y los escombros al chocar primero con los postes de luz, y luego con las primeras construcciones en las afueras del pueblo.

Julio Palma atinó a subirse a una camioneta cercana. Con él estaba Carlos Ortiz, compañero de Tamarugal, y en el pick up subieron dos hombres más. El barro los golpeó fuerte, y de pronto se vieron girando en medio de un río cafésoso, lleno de maderas rotas y restos de lo que alguna vez habían sido casas. El nivel del barro comenzó a aumentar y los hombres del pick up saltaron hasta un montículo en altura.

En pocos segundos, el barro tapó casi por completo el vehículo. De vez en cuando, la camioneta roja se asomaba sobre el torrente, como un pequeño cetáceo tomando aire, y luego se volvía a sumergir en el agua café y los escombros. “Tenemos que salir, *hueón*, o nos vamos a morir en esta *hueá*”, le gritó Carlos. Antes de que Julio Palma pudiera asentir, su compañero abrió la puerta y se zambulló en el barro. Nunca nadie más supo de él.

Casi sin remedio, Julio Palma imitó a Ortiz y se lanzó de la camioneta. El aluvión jugaba con él como un trapo, lo hundía, lo revolvía y lo devolvía a la superficie por segundos. Apenas alcanzaba a tomar un poco de aire –tarea compleja y angustiante debido al barro que se le metía por la nariz y la boca-, el torrente lo volvía a hundir. Estaba casi seguro que debía tener un par de huesos rotos, debido a los golpes de las maderas y los fierros. Le dolía todo el cuerpo, no podía ver, y antes de perder la conciencia –tuvo tiempo de pensar que sería la última decisión de su vida- juntó todas sus fuerzas, se aferró a una tabla cercana y gritó: “¡Soy Julio Palma!”. Después, todo se fue a negro.

Al fin, tras siete horas de espera, un pequeño helicóptero de Carabineros llegó hasta El Salado. Aún bajo la persistente lluvia, una a una fueron rescatadas las personas que desde la mañana se encontraban atrapadas sobre el techo de la estación de bomberos. A ellos se les habían unido los “Tuta”, la familia que se encontraba aferrada al riel en medio del torrente

y que logró salvarse gracias a una cuerda extendida desde el techo de la estación hasta donde se encontraban.

La maniobra tardó varios minutos, pero durante todo ese tiempo, las personas a salvo en la zona alta contemplaron la escena en silencio. Solo cuando hubo aterrizado el último de los rescatados, el pueblo aplaudió a rabiar mientras se abrazaban con los recién llegados. El helicóptero, por su parte, voló lejos una vez cumplida la tarea; era la única nave de la zona y ese mismo día debía atender varios llamados de ayuda desde Chañaral hasta Diego de Almagro. Entonces, y ya casi entrada la noche, los habitantes de El Salado volvieron a quedarse solos.

El “Ruso” deja Chañaral

Cuando Julio Palma abrió los ojos, se encontró con su hermano, su cuñada, y dos mujeres a las que no había visto en su vida. Eran Diana y su madre, que habían acompañado a los Palma al hospital apenas se enteraron de que habían rescatado a Julio del barro.

Eran las primeras horas del aluvión y los pasillos estaban vacíos. Todo el pueblo se encontraba atendiendo la emergencia que aún seguía ocurriendo afuera. Julio Palma preguntó qué era lo que había pasado. “Un carabinero cabrito se tiró al barro y te salvó la vida”, le dijo su hermano.

Esa noche, Diana pudo al fin comunicarse con su padre. Desde Antofagasta, había seguido toda la cobertura del aluvión, y ya se había imaginado lo peor al ver buses arrastrados por el barro en Chañaral. Les dijo que las iría a buscar, y a los cuatro días, se presentó en la puerta de los Palma, con una camioneta embarrada y cara de haber manejado toda la noche.

Luego de una brevísima estadía en Antofagasta, Diana regresó a Chañaral. Esta vez con sus aparatos médicos y ropa para toda una temporada. Al llegar, le dio la impresión de que la ciudad estaba casi igual que como la dejó, excepto por la presencia de los militares –el gobierno había decretado estado de excepción por catástrofe, lo que incluía un toque de

queda a partir de la segunda noche posterior al aluvión- y por los camiones con mercadería que entraban constantemente al pueblo.

Chañaral había dejado atrás –o al menos, eso le pareció en un comienzo a Diana- la desorganización y el caos. El albergue habilitado en el Liceo Federico Varela recibía la ayuda que venía de otras ciudades, y acogía a las familias que lo habían perdido todo. Ya no era común ver las colas interminables por un kilo de harina, o las peleas por los únicos bidones de agua potable.

Diana comenzaría su trabajo en el hospital alternando turnos en los *box* que se habilitaron en el Liceo. Allí llegaban los enfermos crónicos, como hipertensos o diabéticos, que necesitaban de un chequeo periódico y de recetas para obtener sus remedios. Pero pronto comenzaron a aparecer pacientes con heridas, algunos con quemaduras químicas y otros que, luego de pasar días expuestos al barro, presentaban manchas y alergias profusas en la piel. Igualmente, llegaban personas –principalmente niños- con afecciones respiratorias, producto de las inhalaciones del polvo.

El trabajo de remover el barro del centro de la ciudad le pareció una tarea inútil. Era tanta la destrucción que había provocado el aluvión en Chañaral que Diana pensó que sería imposible recuperar la vida después de él. Pero trató de guardarse esas opiniones, y se concentró en el trabajo en el albergue. Por los siguientes meses, Diana viviría en la casa de los Palma, y llegaría a pensar en Clarita como una segunda mamá.

Durante la madrugada del 26, en el cerro La Cruz de El Salado, las personas que aún estaban despiertas vieron unas luces que venían de los cerros a lo lejos. Pasado un momento reconocieron una camioneta que se acercaba lentamente –probablemente para no desbarrancarse, ya que por ahí no había ningún camino- y la gente supuso que debía venir de alguna de las minas que se encontraban en el interior del desierto. El vehículo tomó dirección hacia donde se encontraban acampando y se generó un pequeño alboroto que

duró los varios minutos que tardó la camioneta en llegar. Valery recuerda que cuando sus ocupantes bajaron, se produjo una escena similar a la de astronautas que por primera vez hacían contacto con vida en un planeta extraño.

— ¿Esto es El Salado? — preguntó el conductor. —Nos dijeron que no quedaba nada, que no habían sobrevivientes—.

Los ocupantes, trabajadores de la minera Manto Verde, traían frazadas y cajas con comida. Se habían enterado gracias a los noticieros —que a esas alturas ya ofrecían coberturas en vivo desde Chañaral, Copiapó y otros sectores afectados por el aluvión- y habían decidido enviar a un primer vehículo en misión de reconocimiento. Enseguida, se acordó que algunos niños y ancianos se irían con los hombres para dormir en el campamento de la mina, y que luego ellos volverían con más ayuda lo antes posible.

Al día siguiente se dio la orden de tomar todos los alimentos en buen estado de la escuela y llevarlos al campamento del parque, pero nadie tenía apetito. Por el mismo camino transitado por los mineros comenzó a llegar ayuda, familiares de otros puntos de la región con carpas y comida, pequeños grupos de voluntarios y hasta algunos periodistas lograron dar con el aislado pueblo de El Salado.

Pasaron dos días para que el río dejara de correr con tanta fuerza. La lluvia recién amainó el jueves y ya para el viernes los habitantes de El Salado pudieron, por primera vez, bajar hasta el centro y reencontrarse con quienes estaban del otro lado. Valery, que había permanecido todo ese tiempo pensando en su hermano, lo abrazó largos minutos.

La familia Tabilo pronto recibió la ayuda de unos familiares que viajaron con carpas y comida exclusivamente para ellos. Levantaron un campamento en el cerro junto al parque y se dieron a la tarea, por turnos, de palear la antigua panadería de sus padres. De ella, quedaban sólo el horno con su chimenea chueca y la bodega de la parte de atrás, donde la familia mantenía la mercancía que vendían en la tienda. La madre de Valery fue la primera en entrar al local, para descubrir que los ahorros que había juntado en fajos de billetes por

más de treinta años habían quedado embarrados o destruidos. Los padres de Valery planeaban utilizarlos para jubilar del pesado trabajo que les daba la mantención de la tienda y sólo pudieron rescatar doscientos mil pesos.

En los días siguientes a la catástrofe, los chañaralinos observaron como una curiosidad a ese reducido grupo caucásico que recorría las calles de la ciudad en silencio, o si iban en par, hablando una lengua extraña y dura. Eran los artistas del Circo Ruso, que al igual que el resto de los habitantes de Chañaral, lo habían perdido todo y debían buscar entre el barro y los escombros restos de ropa, maletas, cuadernos y todo lo que pudiera ser rescatado.

Como el resto de los damnificados, dormían en las salas del liceo Federico Varela, compartían cigarros de noche y, de vez en cuando, se asomaban a jugar una pichanga en la multicancha con algunos niños del albergue.

Se decía en la ciudad que los mexicanos eran buenos para tomar –el alcohol estaba prohibido en el albergue, pero era bien sabido que de noche esa regla no se respetó jamás-, y alguno que otro adolescente se enamoró de las menudas y blondas trapecistas que hacían la fila para almorzar en el casino.

Como prácticamente ninguno de los artistas y tramoyas alcanzó a sacar algo de las casas rodantes en donde dormían, la mayoría se vestía con la ropa que fue llegando al albergue como donación. Cristián Hidalgo, el montador, no fue la excepción. Sin residencia fija, fue una de las últimas personas del circo en abandonar Chañaral. Los rusos e ingleses pudieron tomar vuelos a sus hogares a la semana, los latinoamericanos se llevaron su alegría chimuchina poco después, pero Cristian permaneció junto a un par de colegas por casi un mes.

Durante ese tiempo, su rutina consistió en levantarse temprano, desayunar un té con leche y marraqueta, calzarse unos pantalones holgados y bajar a trabajar paleando barro y

escombros. Se rumoreaba por esos días que habían familias que ofrecían dinero por trabajar despejando una casa o negocio particular, pero Cristián nunca se interesó por ello. Simplemente tomaba alguna de las palas que habían llegado al albergue, caminaba un par de cuerdas cerro abajo y se ponía a trabajar donde alguien lo necesitase. Luego, almorzaba contundentemente en el casino, tomaba una pequeña siesta y volvía al centro a trabajar hasta el atardecer. Por las noches se perdía en las calles de las poblaciones altas, evitando el control de los jóvenes marinos que hacían guardia en la ciudad, y volvía para tumbarse en su colchoneta cuando casi todo el albergue dormía.

Era un hombre reservado, agradecía cada par de calcetines limpios que la gente le entregaba en el Liceo, y se fue sin despedirse de quienes le habían tomado un cierto cariño. A esa altura, la dueña del circo, una vieja mexicana que cada ciertos días cocinaba bacanales para sus artistas y tramoyas, ya había tomado su remolque y se había marchado.

Un par de meses después, el “Ruso” volvió a girar por Chile. Es que las temporadas en el circo no terminan nunca.

Papel picado

Durante semanas, Valery Tabilo deambuló atontado, casi adormecido. Luego de los caóticos días que siguieron al paso del aluvión, en que junto a su familia trabajó levantando campamentos, removiendo barro y tratando de salvar lo que pudiera ser salvado de la panadería de sus padres, (es decir, una vez pasada la emergencia de sobrevivir) Valery y el resto de los habitantes de El Salado cayeron en un profundo sopor, alimentado por el triste paisaje de su pueblo. Terrenos baldíos donde antes existían barrios, casas abandonadas con barro seco hasta el techo y una insistente nube de tierra que se levantaba con el paso de vehículos, ciertamente lograron deprimir a una población que lentamente intentaba recomponer su cotidianeidad.

Otro inconveniente que vino con el tiempo fue el de las alergias a la piel ocasionadas por el contacto directo con el barro. En algunos casos sólo se trataba de pequeñas irritaciones,

pero en otros estas derivaron a fuertes dolores de cabeza, vómitos y un malestar general que no se iba en días. Los habitantes de El Salado concluyeron que el barro debió haberse mezclado con el ácido sulfúrico de la planta destruida, y que probablemente también se encontraba contaminado por el contenido de los muchos relaves que se encontraban río arriba. Se dispuso entonces que quienes trabajaran removiendo el barro de sus casas debían hacerlo con botas y guantes de protección, y preferentemente con las puertas abiertas, ya que el olor que emanaba también producía los mismos malestares.

Con los días, y aunque en menor medida que en grandes ciudades como Copiapó o Chañaral, el colapso de las cañerías comenzó a significar un enorme problema para el pueblo. El olor tóxico del barro, al contacto con las aguas servidas que brotaban del alcantarillado y expuesta al intenso sol del desierto, generaba un hedor tan putrefacto que hacía prácticamente intransitables ciertos puntos del pueblo sin la ayuda de mascarillas y lentes de protección.

Pasaron dos meses antes de que se volvieran a reanudar las clases. Durante todo ese tiempo, el liceo Sara Cortés Cortés, donde Valery trabajaba, funcionó como albergue y centro de acopio para los habitantes de Diego de Almagro. Durante las primeras semanas era común encontrarse con algún colega o conocido por la calle y contarse la historia de cómo habían pasado el aluvión. Este tipo de encuentros no aburría a Valery, incluso, se diría que le gustaba escuchar los relatos muchas veces fantásticos de personas con las que no hablaba hacía años o que sencillamente no conocía.

Rápidamente se esparcieron las historias de supervivencia más increíbles. Como la de los “Tuta”, la familia que se aferró al riel en medio del cauce y que logró escapar gracias a que las personas que se encontraban atrapadas sobre la estación de bomberos les tendieron una cuerda sobre la que pudieron escapar, uno por uno. O la de la señora María Torres, tía de una de las cuñadas de Valery. El aluvión arrasó con su casa y ella se aferró a un refrigerador, con el que flotó sobre el torrente 15 kilómetros río abajo. Incluso, cuenta, en un momento tuvo que sumergirse en el barro para capear una ola gigante que avanzaba hacia ella. Luego de varios minutos de lucha para mantenerse a flote, pudo reunir las

fuerzas para salir de la corriente a la altura de la Posada del 14, lugar de paso para camioneros en la ruta 5. Una ciudadana boliviana la encontró desnuda y con una pierna rota sobre la tierra y la llevó hasta su pieza donde la vistió y la cuidó por días, hasta que fue trasladada en helicóptero hasta Copiapó.

También se conocieron las historias de dos chicos que murieron tratando de evacuar a otras personas. Álvaro Plaza, bombero de 17 años de Diego de Almagro, murió mientras rescataba a unos niños del paso del aluvión. Fue arrastrado por la corriente y hasta el día de hoy un equipo de carabineros junto a algunos voluntarios busca su cuerpo en el cauce de El Salado. Sebastián Cortés Villalobos, también de 17 años, cayó al torrente mientras ayudaba a su mejor amigo a salir de su casa con un cordel, el cual se cortó cuando Sebastián cruzaba el río. Su cuerpo fue encontrado cuatro meses después cerca de El Salado. Tiempo después, su polola, Rachel, quien estaba embarazada al momento de la catástrofe, fue a realizarse un control al centro de salud de emergencia. La enfermera que la atendió resultó ser la hermana del amigo a quien Sebastián había rescatado, y ambas lloraron abrazadas largo rato. Hoy la guagua de ambos tiene dos meses.

Con el tiempo, a los pueblos de la zona llegó una plaga de mariposas y polillas. Cientos, miles de mariposas amarillas que durante el día molestaban el caminar y que por la noche se agrupaban bajo el alumbrado público en tal número que llegaban a tapar la luz que provenía de los postes. El agua caída en marzo había hecho florecer algunas de las laderas del valle y eso había atraído a los bichos, que quizás producto de los químicos presentes en el barro pronto comenzaron a morir, amontonándose sobre las veredas bajo los faroles como un colorido papel picado.

CAPÍTULO V: DESPUÉS

Chañaral

Nueve meses después del paso del aluvión, el centro de Chañaral –sobre todo en las cercanías de los antiguos terminales de buses- luce una gran extensión de sitios eriazos, con la honrosa excepción de un restaurant chino, un hostel que soportó el embate del barro y una piedra gigantesca con forma de flecha que quedó varada donde antes solía vivir la familia de Benjamín Carrasco.

El día del aluvión, su padre desestimó las advertencias de bomberos y la familia resultó arrastrada por el barro. Benjamín, de ocho años, fue el único integrante del clan que no sobrevivió –su hermano mayor se salvó milagrosamente, encaramándose a uno de los roqueríos de la bahía-. Bomberos y equipos USAR de todo Chile lo buscaron durante semanas en el lodo, pero el pequeño cuerpo de Benjamín apareció flotando en Caleuche, una playa cercana, dos meses después. Hoy, la piedra es una especie de monumento popular, donde los chañaralinos dejan velas y juguetes por el menor de los Carrasco.

Unas cuadras al sur, los negocios que se encontraban en la calle Merino Jarpa han vuelto a florecer.

El paso del barro en Chañaral hizo estragos en el comercio local, que se concentraba en dicho sector. A puro ñeque, los locatarios lograron rescatar algunas de las construcciones. Las pintaron, repararon las cañerías y el cableado eléctrico y, a comienzos de octubre, ya se veían algunas vitrinas abiertas. La noticia de cada nueva apertura era anunciada por el grupo de Facebook “Gente de Chañaral”, canal de comunicación casi oficial, y era celebrada por toda la comunidad. Los chañaralinos sentían que con cada reapertura recuperaban un trocito de la cotidianeidad perdida; y de dignidad. Pasear por la calle Merino Jarpa a la hora que se pone el sol sobre la bahía, vitrinear poleras y tomarse un helado era un gusto que habían vuelto a recuperar.

La carretera, que por meses estuvo desviada hacia las calles del cerro, volvió a pasar por la Bahía. Un pequeño puente mecano la hace sortear los socavones que, ayudados por la acción de las olas, avanzaron hasta donde antiguamente llegaba la playa. Con el aluvión, el mar recuperó parte de lo que el relave le había quitado.

Los restaurantes frente a las estaciones de servicio volvieron a abrir, y parte del flujo anterior a la catástrofe se recuperó. Chañaral es una ciudad de paso para cientos de camiones que trasladan carga por el norte de Chile, y el ruido de estos hace que la sensación de normalidad sea mayor entre sus habitantes. Los trabajadores de las faenas mineras de Diego y El Salado siguen pernoctando en Chañaral, sólo que ahora lo hacen en los hostales y residenciales de las zonas altas del pueblo.

Poco tiempo después del paso del aluvión, en la ciudad se formaron distintas agrupaciones sociales, las cuales se aglutinaron en el Movimiento Social 25 de Marzo. Entre sus dirigentes se encuentran ecologistas, líderes de la Villa de Emergencia instalada en las alturas del pueblo e integrantes de la junta de vecinos de la población Pan de Azúcar.

En Noviembre, fueron invitados a exponer en la Comisión de Medioambiente de la Cámara de Diputados. Viajaron en un bus semi cama durante toda la noche hasta Valparaíso, y fueron recibidos por Daniela Cicardini, diputada de la región de Atacama. Durante el día, la comitiva iba informando sobre el viaje a través de “Gente de Chañaral”; muchas personas los animaban y les escribían mensajes de apoyo. Alcanzaron a estar unas horas en el puerto

Luego del encuentro con diputados y senadores, las mujeres y hombres del Movimiento 25 de Marzo retornaron a sus labores cotidianas. Manejar una furgoneta, mantener una casa con hijos, internarse al mar para extraer el poco pescado que queda en la zona; escribir de vez en cuando un comunicado en la prensa local repudiando el último “descuido” ambiental de Codelco.

Aunque a veces diera la sensación de que lo natural hubiera sido seguir haciendo sus vidas lejos del centro y la costa, el lento florecer del comercio y los tránsitos humanos en esos sectores es algo que reconforta profundamente al visitante; sobre todo a quienes presenciaron los primeros días luego del paso del aluvión.

Para el aniversario n° 182 de la ciudad, el primero desde la tragedia, se realizó un desfile con todas las agrupaciones sociales y vecinales de Chañaral. Bajo el sol abrasante del desierto, esperaban su turno de marchar adultos mayores, centros de madres, el Movimiento Social 25 de Marzo, y varios conjuntos de baile folclórico. El frontis del liceo Federico Varela estaba engalanado con guirnaldas multicolores, carpas con todo tipo de comida y venta de chucherías. Los viejos de piel morena y nortina llegaron primero para ganarse una buena vista, protegidos por sombreros de lino impecables. Entre sus piernas corrían niños con sus manos y bocas embetunadas de helado derretido, y las madres jóvenes conversaban animadamente bajo la escasa sombra de las cuatro de la tarde. Completaban el cuadro un par de reporteros locales que estiraban sus grabadoras hacia las autoridades presentes. Durante las dos horas que duró el desfile, Chañaral fue un pueblo lleno de vida y colores.

El Salado

Ocho meses después del paso del aluvión, y bajo el sol de media tarde, Valery recorre la población de emergencia de El Salado en busca de Hipólito Tapia, padre de los “Tutas”, el clan que sobrevivió horas aferrado a un riel en medio del torrente. Se lo ha topado decenas de veces, al igual que a sus hijos (a quienes el pueblo llama, cariñosamente, “los tutas chicos”), pero esta es la primera vez que Valery desea preguntarle por lo ocurrido el 25 de marzo.

La casa de los “Tutas” queda en el extremo de la población de emergencia, un grupo de pequeñas casas prefabricadas idéntico a las instaladas en casi todos los pueblos afectados por el aluvión, y por ello la tierra que levanta el viento del desierto golpea con especial insistencia la puerta de Hipólito Tapia. “¿Con este viento, quién no se deprime?” piensa

Valery, cubriéndose los ojos. Toca la puerta y abre uno de los tuta chicos. “Mi papá está tomando la siesta”, dice, “espérame y lo despierto al tiro”. Antes de que Valery pudiera declinar la oferta, oye los quejidos proferidos por Hipólito al levantarse de su catre.

— Buenas, Tabilito. Cuéntame, ¿en qué andas? — le dice amablemente mientras se refriega los ojos.

— Bueno yo— Valery duda, luce incómodo con la situación—quería preguntarle por lo que pasó ese día. El día del aluvión.

— Ah— responde el Tuta con desgano— chuta...

Hipólito Tapia entonces adopta una expresión cansina, y su rostro pareciera haberse vuelto viejo de golpe. Ajado, lleno de arrugas acentuadas por las manchas en su piel morena, Hipólito vuelve sus ojos lejos de Valery, hacia el desierto que es como el patio de su casa, gigante polvoriento que le arroja tierra sin piedad, como si algo hiciera falta para derrumbar el temple del viejo pirquinero.

— Mira Tabilito— le dice reuniendo todo el cariño del mundo— estoy viejo, me duele la cabeza por este polvo de mierda y por la mina, y en verdad no estoy para andar recordando *huevadas*. Lo que pasó ese día está bien, salvé con mis hijos y eso es lo importante—.

Valery entiende la reticencia del Tuta. Se despide de él y de sus hijos y toma su auto rumbo a Chañaral. Antes de dejar El Salado, dos mujeres le hacen dedo, Valery las reconoce y las sube. La conversación transcurre en nimiedades hasta que Tabilo vuelve a insistir sobre el tema del aluvión.

“Por mucho tiempo, yo no pude llorar por culpa de los medicamentos”, reconoce una, sentada en la parte de atrás. Los tres coinciden en que, a pesar de la tragedia, al comienzo casi nadie en el pueblo fue capaz de darse el tiempo ni para sufrir en privado, todos estaban muy ocupados tratando de levantar sus casas o la de sus vecinos.

Mientras viajan entre los enormes cerros del valle, una tormenta de tierra comienza a avanzar hacia ellos; deben disminuir un poco la velocidad. “Acá mucha gente quedó con depresión, y como callados”, dice de pronto la copilota. “Sí”, responde su amiga, “esa depresión silenciosa, que es la peor”. Valery asiente y les cuenta acerca del episodio con el “Tuta”.

“Pareciera que acá nadie quiere recordar”, concluye la mujer sentada atrás. “Todos dicen ‘pucha, me he esforzado tanto para olvidar todo eso, por favor no me hagas recordarlo’, o cosas así. O si alguien saca un video de su celular, aún hay gente que dice ‘mira, han pasado ocho meses y nunca había visto un video de ese día’. ¿No es eso raro?”.

La pregunta queda flotando en el aire hasta que llegan a Chañaral. Valery las deja en el centro y acuerdan volver juntos al Salado cuando hayan terminado sus compras y trámites respectivos. El sol se pone perezosamente sobre el mar y desde la altura en que se encuentra se pueden distinguir algunos de los camiones de ácido sulfúrico que aún se encuentran retorcidos y a medio enterrar, desparramados en la bahía.

Nueve meses después del paso del aluvión, Valery piensa en voz alta: “estamos bien. Todos vamos a estar bien”.

EPÍLOGO

A las 17:40 del día sábado 21 de marzo de 2015, la Oficina Nacional de Emergencia del Ministerio del Interior (ONEMI) recibió un informe desde la Dirección Meteorológica, que indicaba la caída de posibles chubascos para las regiones de Antofagasta y Atacama a partir del lunes 24 de marzo.

Tras una evaluación de dichos informes, se resolvió decretar una Alerta Temprana Preventiva para Atacama. Esta fue difundida a través del Sistema Regional de Protección Civil. En un comunicado emitido después de la tragedia, la Onemi consignó que esa alerta fue "entregada a autoridades ministeriales y sus servicios, como también a las autoridades regionales y municipales de la zona posiblemente afectada". Durante la mañana del lunes 23 se decretó Alerta Amarilla para toda la Tercera Región.

En la madrugada del martes 24, las lluvias comenzaron a caer en Atacama, con mayor intensidad al sur de la región. Se produjeron las primeras tormentas eléctricas. Durante la mañana la Onemi citó una reunión de trabajo, donde se habló de la posible caída de entre 10 a 15 milímetros de agua. Se tomaron "todas las precauciones del caso", según consignó el comunicado firmado una semana después del aluvión.

En la tarde del mismo día, la Dirección Meteorológica sostuvo otra reunión con la Onemi. El caudal de varias quebradas en la región había aumentado considerablemente, pero el organismo de emergencia aún mantenía un pronóstico de entre los 10 y 15 mm. Extrañamente, luego del desastre, ambas entidades declararían haber manejado información errónea, culpándose entre sí de este hecho. Como fuere, minutos antes de la medianoche, se declaró Alerta Roja para la provincia del Huasco.

A las 7 de la mañana del día miércoles 25 de marzo, el subsecretario del Interior, Mahumd Aleuy, presidió una reunión en las oficinas de la Onemi en Santiago. Ya se habían registrado los primeros aluviones en pueblos como San Antonio, Los Loros y Nantoco, y pronto se producirían más en la cuenca del Salado. Se declaró Alerta Roja para toda la

región. A las 11:48, se informó que las precipitaciones- que ya estaban ocurriendo desde hacía un día- iban a registrar entre 25 y 30 milímetros, es decir, prácticamente lo que llueve durante todo el año en la región. A esas alturas, ninguno de los pueblos afectados por las lluvias contaban con electricidad, y la señal telefónica era definitivamente un milagro.

Pasado el mediodía, y gracias en parte a las imágenes de la televisión (es sabido que la comunicación con las oficinas de emergencia de la Tercera Región fracasó debido al mal manejo de equipos generadores de electricidad), se comenzó a hablar de una catástrofe. “Sólo falta que caiga un meteorito”, ironizó Aleuy antes de una conferencia de prensa en Santiago, debido a un incendio que entonces se mantenía en el sur del país y a la actividad de un volcán en la Décima Región. A las 15:30 se decretó Estado de Excepción Constitucional para la Región de Atacama.

A esa altura, los aluviones ya habían descendido por las quebradas de Atacama. Los *containers* habían sido arrastrados con Sandy y las demás trabajadoras dentro, pueblos habían sido arrasados, las carreteras cortadas; las cañerías ya se habían volcado hacia las calles, los camiones de ácido sulfúrico ya desparramaban su contenido por doquier; Julio Palma ya se encontraba en el hospital, Cristián Hidalgo y los pescadores de Chañaral ya habían rescatado a decenas de personas, los Herrera se organizaban junto a sus vecinos en San Antonio y Valery Tabilo observaba como los “Tuta” eran rescatados por la gente atrapada sobre la estación de bomberos de El Salado. A esa altura, Atacama ya le estaba dando cara al barro, preocupada de sobrevivir otro día.

Como dijo Lautaro Núñez, esto de vivir en el fin del mundo nunca ha sido fácil para nadie.

Todas las noches, en el albergue, se formulaba la misma pregunta. “Y, ¿encontraron a Benjamín?”. Pero Benjamín no aparecía.

Habían pasado varios días desde el aluvión, y en el Liceo Federico Varela convivían voluntarios venidos de todo Chile, cuadrillas de bomberos especializados en rescate, decenas de familias cuyas casas habían resultado destruidas; y un estudiante de periodismo.

Todos estábamos sucios, todos estábamos cansados. A veces jugábamos a la pelota; se formaban partidos buenísimos. Estaban los del Circo Ruso, atletas menudos pero fornidos que corrían lo que ninguno de nosotros iba a correr en su vida. Representando a Chañaral, un combinado de adolescentes sub 15 cuya estrella era un mulato hijo de inmigrantes colombianos, rapidísimo y goleador como él solo. En mi equipo éramos más bien troncos, pero teníamos cuerpo y podíamos arrojarnos bien atrás para salir a matar de contragolpe. A pesar del calor, del barro, del cansancio y el hambre, siempre terminábamos jugando un picado antes de dormir.

Un día, vinieron unos hombres con un proyector de cine portátil. Instalaron la pantalla fuera del Liceo y exhibieron “Metegol”, la película animada argentina sobre un joven que juega al taca-taca con unos muñecos que luego cobran vida. La historia termina con el protagonista jugando un partido de fútbol imposible, acompañado de los más tristes personajes del pueblo para enfrentar a las súper estrellas profesionales. En contra de todo pronóstico, el equipo que todos apoyamos – el del protagonista- pierde, pero es a través de esa derrota que el pueblo entiende una lección, y los habitantes deciden refundar sus vidas en otro lugar.

Caminábamos todo el día, cambiábamos de mascarillas de vez en cuando y recorrimos el relave varias veces y hasta el mar. En un par de ocasiones, encontramos autos enterrados que no tenían signos de haber sido revisados por los equipos USAR de bomberos. Entonces procedíamos a usar nuestros chuzos para ver si es que había alguien sepultado en su interior. Fuera de un par de sustos, nunca encontramos nada.

A veces, había días preciosos. Desde el cerro se podía observar la bahía —el mar había recuperado el terreno perdido ante el relave, y el desprendimiento de cobre le daba una tonalidad turquesa. Lejos, el gran buque de la Armada donde dormían los chicos que de noche vigilaban la ciudad con metralletas. Varias veces nos sentamos a conversar con ellos. A uno en particular, nacido en Talcahuano hacía apenas 18 años, le asombraba el hecho de que, trabajando como periodista deportivo en Santiago, conociera o tuviera el teléfono de algunos jugadores de la “U”. A mí me asombraba de vuelta la facilidad con la que esos chiquillos enclenques, con bigote mal afeitado y automáticas bajo el brazo, se alelaban cuando alguna adolescente chañaralina pasaba cerca.

Pero volvía la noche. Y de Benjamín, nada. En el casino, y ya con el café de sobremesa, el jefe de la patrulla de rescate de Bomberos respondía “ya casi lo tenemos. Un par de metros más y lo sacamos”.

Alguna vez me ofrecieron ir hasta donde lo estaban buscando. A oídas entendía que era una de las casas del centro, de esas donde no quedaba nada. Un auto y una retroexcavadora, se decía en los pasillos. Justo debajo de ambos, varios metros enterrado, se supone que estaba el cuerpo del pequeño Benjamín. Los chuzos lo habían confirmado hace días. Pero todas las noches era lo mismo. “Un par de metros más y lo sacamos”, repetía el bombero. Nadie se cansaba de creerle.

Al cabo de una semana, decidí volver a Santiago. Tomé la única ducha de mi estadía en Chañaral (era imposible no sentirse culpable viendo la situación general), agarré mi mochila y enfilé hacia el sur. En la salida del pueblo, me senté a esperar aventón con una joven. Vestía un traje de dos piezas, algo rarísimo considerando la catástrofe, y cruzamos un par de palabras. Antes de subirse a su colectivo, me sonrió y dijo: “gracias por acordarse de nosotros”.

Minutos después, estaba camino a Copiapó en la camioneta del director de Desafío Levantemos Chile. Fumando marihuana y engullendo unas galletas de mantequilla importadas, Askan Wohlta me habló acerca de su vida, de su difícil relación con sus padres

y de cómo sufrió una depresión que casi lo llevó al suicidio. Yo trataba de escucharlo pero estaba lejos, afuera el sol se ponía sobre los cerros metálicos, estábamos atravesando el desierto y yo sólo pensaba en volver a mi casa, abrir la llave del agua y tomar de ella por horas. Pensaba en todo lo que había visto, y que ahora tenía la responsabilidad de contar. Esa idea me abrumó todo el camino de vuelta.

Recordé las noches haciendo vigilia en el campamento del Cerro La Cruz de Paipote, calentándonos apenas las manos con las pocas tablas que aún servían para hacer una fogata. Jugamos a hacer entrevistas entre nosotros, y minutos antes de que una de las mujeres entrara en trabajo de parto en medio de la noche, le pregunté a uno de los bomberos cómo era que podía tener tan buen humor en medio de todo lo que estábamos viviendo. “Es que si uno pierde eso, compañero, nos vamos todos a la *chucha*”, fueron sus palabras. Junto a él, Oriana, joven líder del campamento, sonrió. A sus 21 años tenía una guagua y otro hijo en camino, y a pesar del cansancio que significaba organizar todos los aspectos de la vida en el cerro, concordó con el bombero. “Y si perdemos eso”, dijo arrastrando el acento de su Argentina natal, “nos vamos todos al quinto carajo”. Al cabo de unos días, pensaba, nosotros nos iremos, pero ellos se quedarán acá; quién sabe cuánto tiempo. Nosotros vamos a recuperar el peso, nos podremos duchar largamente, dormiremos en camas.

Por meses, fui incapaz de escribir nada. Apenas un par de páginas transcritas de los apuntes que llevaba sobre un cuaderno. Estaba temblando. Aun tiemblo un poco. Mecanismos de defensa, supongo. “Haz una *hueá* buena, Jonás. Tenís que hacer una *hueá* buena”, me dijo mi papá, muy serio mientras yo apuraba varias copas de vino, una noche en Caldera.

Dos meses después del aluvión, encontraron a Benjamín. Su pequeño cuerpo apareció flotando en una playa, un par de kilómetros al sur de Chañaral. Me pregunto cuántas noches habrá regresado el bombero al albergue, repitiendo que ya casi, que un par de metros más y lo encontraban.

Al final, uno no puede sino compartir la sensación de pertenencia con los atacameños. Es imposible que alguien no se sienta conmovido por el cambio de los colores en los cerros con las horas del día, o por el viento seco que corre por las quebradas y refresca la hora de la siesta. El ritmo cansino de la vida bajo el sol. La alegría infinita de conversar bajo la sombra de un álamo o un jacarandá en flor en octubre. El rumor metálico y anterior que viene de todas las cosas. La dignidad en cada mujer, hombre y niño. La sabiduría de los viejos agricultores, pirquineros y pescadores. Los vicios y la honradez en cada minero.

A mi entender, el principal valor de la crónica periodística es que esta permite acceder a los “hechos noticiosos” desde una perspectiva diferente a la de la pauta inmediata de los medios. Es una forma de construir memoria desde vivencias personales que, puestas en perspectiva, pueden funcionar como vehículos de grandes relatos sociales.

En ese sentido, esta serie de crónicas se propuso reconstruir, a través de las vivencias y cotidianidades de los habitantes de Atacama, la historia de sus ciudades y de la región. El secuestro de sus ríos, las consecuencias de la contaminación y de las precarias condiciones laborales de las industrias agropecuarias y mineras; todos problemas que constituyen en sí otras catástrofes: la tragedia cotidiana de Atacama.

Pienso que la labor de un periodista no sólo es la de hacer contingencia, y mucho menos la de estrujarla cuando se trata de algún acontecimiento doloroso para tantas personas. Como dijo el cronista chileno Cristián Alarcón, “la narración puede devolverle al público una visión más justa del mundo, nos puede salvar de la incompreensión de este”.

Noticia incluida el 5 de junio de 2016

La noche del jueves 7 de abril del año 2016, Julio Palma falleció en la cama de una clínica antofagastina, luego de luchar por más de un año con las múltiples fracturas expuestas, infecciones estomacales y contusiones que le dejaron su travesía por el aluvión.

Una bacteria alojada en su estómago, producto de la contaminación presente en el barro, se extendió hasta sus pulmones generando en el ex Core episodios de neumonía que finalmente provocaron su muerte. Pocos días antes, su sobrino Cristián Palma había publicado una extensa entrevista con el hombre que pasó los últimos minutos previos al aluvión moviendo los camiones de ácido sulfúrico desde la ribera del Salado. En ella, Julio afirmaba no sentirse como un héroe, y con modestia declaraba que aquel día sólo hizo lo que tenía que hacer. “Pienso que es lo mismo que hubiesen hecho otros”, dijo.

En casi todos los pueblos del Norte Grande existen historias relativas a los cerros o montañas que los rodean. En Chañaral, esta gira en torno a un bototo.

Según los lugareños, hay tres formas de ver la figura del Cerro El Botín. Dependiendo de la camanchaca, la hora del día o la posición de las nubes, uno podría distinguir el mismo “bototo” invertido en tres posiciones diferentes. Sin embargo, y de la forma que sea, el efecto siempre es el mismo; quien logra verlo está condenado a volver (y quizás a nunca salir) de Chañaral. Designio feliz para decenas de parejas en el pueblo que cuentan la historia de cómo esta ciudad, atrapada entre un relave y la Cordillera de la Costa, logró encantar a visitantes que se quedaron, casi sin saberlo, hasta el día de hoy.

Cerca de la Población Aeropuerto, y a un costado de la Planta de camiones de Tamarugal, se encuentra el cementerio del Chañaral. Su entrada es vigilada por la figura de San Pedro, patrono de los pescadores, y quien, a diferencia de Palma, salvó -apenas por unos pocos metros- de ser tragado por el barro que bajó por El Salado.

Allí, un fin de semana de abril, Julio Palma fue enterrado, acompañado por un gran grupo de vecinos y familiares. De fondo, el Botín se erguía imperturbable, esperando a ser distinguido por un futuro chañaralino.

ENLACES DE INTERÉS

CIPER Chile:

<http://ciperchile.cl/2015/08/28/aluviones-en-el-norte-sustentabilidad-y-conciencia-son-los-desafios-para-chile/>

<http://ciperchile.cl/2009/07/09/se-muere-el-rio-copiapo-i-consumo-humano-agricola-y-minero-estan-en-riesgo/>

<http://ciperchile.cl/2011/09/23/la-ciudad-de-los-relaves-peligrosos/>

Estudios de contaminantes post aluvión, Universidad Católica:

<http://www.cedeus.cl/wp-content/uploads/2015/11/Informe-Cha%C3%B1aral.pdf>

Estudio geológico aluviones Universidad de Chile:

http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-0208200000200002

Coordinadora por la defensa del agua:

<http://www.derechoalagua.cl/mapa-de-conflictos/copiapo-seco-por-indiscriminado-otorgamiento-de-derechos-de-aguas/>

Historia de aluviones en el siglo XX en Atacama:

<http://www.hugodonaire.cl/aluviones-en-el-valle-de-copiapo-por-vidal-naveas-droguett>

BIBLIOGRAFÍA

Beltrán, E. N. (1993). Recurso de protección y derecho a vivir en un ambiente libre de contaminación. *Revista Chilena de Derecho*, 595-601.

Cortés Alfaro, M. F. (2010). La Muerte Gris de Chañaral.

Philippi, R. A., Vargas, A. B., & Larroucau, A. (2008). Viaje al desierto de Atacama. *Cámara Chilena de la Construcción*.

Vergara, A. (2011). "Cuando el río suena, piedras trae": relaves de cobre en la bahía de Chañaral, 1938-1990. *Cuadernos de historia (Santiago)*, (35), 135-151.